

DE LA LEY AL REPOSO

Parte 2 de "EL ETERNO PROPÓSITO DE DIOS"

George Davis y Michael Clark

"Porque el que ha entrado en su reposo, también ha reposado de sus obras, como Dios de las suyas" (Hebreos 4:10)

"Tuya es, Señor, la justicia, y nuestra la confusión de rostro..."(Daniel 9:7)

La Justicia pertenece al Señor

La naturaleza humana niega la idea misma de que cualquier cosa está más allá de su poder de ejecución. Un sabio de la modernidad se ha jactado de que "lo que la mente humana puede concebir, también lo puede conseguir". Se puede esperar del mundo una confianza arrogante tal en el potencial humano, pero tristemente está muy claro también que este espíritu de *poder-hacer* está igualmente presente y es bienvenido en lo que hoy se conoce como "iglesia cristiana".

Nada atrae más al hombre caído que la idea de recuperar la justicia y salvar la brecha entre él mismo y Dios por medio de su esfuerzo moral. Quiere ser justo por sus propios méritos y forzar su idea de la justicia en los demás. ¿Suena familiar? Debería porque esto caracteriza a la mayoría de las actividades del hombre religioso a lo largo

de los últimos seis mil años. Desde que la serpiente engañó a Eva con la promesa de que podría ser “como Dios” si desobedecía a Dios y tomaba las cosas en sus propias manos, cada acción del hombre es una prueba de que no conoce que la verdadera justicia pertenece al Señor, como tampoco sabe que debe ser así. En la búsqueda de su propia justicia, el hombre religioso es ciego a la verdadera justicia que viene solo como un don y que nunca se derivaría de ninguna bondad inherente en él. Debe recibirla como un don inmerecido procedente de Aquel que solo Él es justo (lee Romanos 5:17).

No nos volvemos justos por *nuestros propios* méritos. La justicia procede de una fuente totalmente distinta al hombre. Lo más difícil de sacrificar para él es su mentalidad prevaleciente de *que obrar en justicia es lo mismo que la justicia*, porque todo su pensamiento, sus motivos y sus prácticas se basan en eso. No hay nada que bloquee con más efectividad el fluir de la gracia de Dios.

Antes de poder venir a Dios en verdadero arrepentimiento primero tienes que aceptar Su juicio sobre toda carne. El pronunciamiento de Dios sobre cada uno es, “No hay justo, *ni aún uno solo*”. Si nos aferramos a la creencia errónea de que hay algo bueno en nosotros que nos hace meritorios ante Dios, entramos en fuerte discrepancia con Él. Toda nuestra vida se convierte en una mentira. Cualquiera que no haya aceptado el juicio de Dios no se ha arrepentido verdaderamente y su vida se convierte en un constante esfuerzo para demostrar que Dios está equivocado.

En su sentido más verdadero, el arrepentimiento es llegar a un acuerdo con Dios. Juan escribió, “si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad” (1ª Juan 1:9). La palabra compuesta en griego para *confesar* en este pasaje es *homologeó*. *Homo* significa uno y lo mismo, y *logeó*, decir. Juntas, cobran el significado de *decir con*. Confesar algo es decir lo mismo que otro dice, estando totalmente de acuerdo con su declaración. Este fue el juicio de Dios contra Israel cuando Él habló por medio de Amós y dijo: “¿Cómo podrían dos andar juntos si no estuvieran de acuerdo?”

Esta es la fricción. Antes de que el hombre pueda arrepentirse verdaderamente, primero tiene que *decir con*. Es mucho más fácil para el hombre admitir un hecho ocasional de pecado de lo que es reconocer su extrema pecaminosidad. Admitir que has hecho algo malo es menos humillante que admitir que eres retorcidamente malo en tu mismo ser. El hombre no es pecador porque peque. Peca porque es un pecador. No puede hacer otra cosa que vivir su verdadera condición interna. Dios quiere poner *el hacha en la raíz*, no golpear las hojas. Tratar con esto externamente resistiendo actos externos de pecado es como pelear contra la mítica hidra. Le cortas la cabeza y entonces salen dos en su lugar. Es una batalla perdida. Pablo dejó claro que esta justicia de “no toques, no pruebes, no manejes” no sirve de provecho cuando se trata de restringir las pasiones pecaminosas (lee Colosenses 2). Se necesita más. Esta clase de *adoración de la voluntad* puede que te convierta en un mojigato, pero no podrá hacerte un santo.

Creer que tienes que obrar justamente para hacerte justo es como creer que puedes convertir metales básicos en oro por medio de la alquimia. El hombre es corrupto en extremo. La Escritura da testimonio de esto de modo concluyente. No hay nadie bueno. ¿Qué encuentras cuando haces un ensayo con la carne del hombre? ¡CARNE! ¿No dijo Jesús a sus discípulos, “La carne para nada aprovecha”? ¿Para nada? El diccionario Oxford define *nada* como el estado de no tener ninguna perspectiva de éxito o de acuerdo”. Nada eterno o espiritual puede salir de naturalezas caídas. Lo que es nacido de la carne es carne. No hay nada de bueno en ninguna parte del hombre.

El filántropo y el hedonista, ambos tienen la misma base. El libertinaje del hombre y su bondad vienen de la misma fuente, su carne. Isaías profetizó muy bien: “Si bien todos nosotros somos como suciedad, y todas nuestras justicias como trapo de inmundicia; y caímos todos nosotros como la hoja, y nuestras maldades nos llevaron como viento.” (Isaías 64:6). El primer orden de Dios en su empresa de redención del hombre es disipar el mito de la bondad de éste.

El mito de la bondad del Hombre

En Lucas 18:18-19, un cierto gobernante preguntó a Jesús, “Maestro bueno, ¿Qué haré para heredar la vida eterna?” Jesús le dijo, “¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno, excepto uno, Dios”. Si solo hay uno bueno, entonces este joven no podía hacer nada por heredar la vida eterna. Todas sus obras no servirían de nada. El secreto de la verdadera justicia está contenido en estas pocas palabras, “Nadie es bueno, solo Uno”. Cuando finalmente conseguimos creer estas palabras, cesaremos en nuestra vana actividad y recibiremos la verdadera justicia de Dios.

La pregunta favorita del hombre religioso, “¿Qué debo hacer?” presupone que puede hacer algo lo suficientemente bueno para merecer el favor de Dios y Su bendición. La respuesta de Cristo pronuncia juicio sobre toda la supuesta bondad del hombre. “Solo hay uno bueno”. Antes de que el hombre pueda experimentar el verdadero arrepentimiento y conocer la justicia que viene de Aquel que es el único bueno, primero tiene que llegar a un acuerdo con el juicio de Dios sobre su carne. Pablo lo expresa de manera sucinta, “En mí, eso es, en mi carne, no mora el bien”.

Este es terreno de controversia. Todo el mundo religioso trabaja para demostrar que Jesús está equivocado. Levantan *buenos* edificios en los que se congregan *buenos* cristianos para aprender a ser mejores cristianos con la ayuda de *buenos* programas y *buenas* doctrinas, enseñados por hombres *buenos*. Todo se dice y se hace para perfeccionar una bondad en el hombre que Jesús dice simplemente que no existe. La noción de que puedes hacerte bueno por medio de la práctica es el engaño que mantiene en movimiento la rueda de molino religiosa, intentando con todas las fuerzas ser bueno y siempre edificando torres hacia el cielo. Tenemos que llegar a un acuerdo *con* Dios y ver que Su juicio es tan pesado sobre nuestros mejores esfuerzos como lo fue sobre la torre de Nimrod hacia el cielo (ver Génesis 11). Tenemos que arrepentirnos de tales obras muertas y llegar a un acuerdo con las palabras de Jesús, “Solo hay uno bueno”.

La mayoría de la gente aprende esta lección después de años de lucha y derrota. ¿Cómo enseñaría Dios al hombre que no hay nada que pueda hacer para recuperar la justicia que una vez tuvo antes de la caída? ¿Cómo mostraría a una humanidad decadente su extrema falta de bondad?

Después de comer del árbol del conocimiento del bien y del mal, Adán y Eva quedaron atónitos, divididos en su propio ser, y confusos sobre lo que les acababa de suceder. Sus ojos les fueron abiertos y pudieron ver muchas cosas pero no en su condición verdadera. Cayeron de algo maravilloso en un plano superior de existencia, a un plano inferior, por debajo de la dignidad y el propósito para el que Dios los había creado. Se perdió la bondad de la que Dios había hablado diciendo, “Es bueno”, ¿Cómo mostraría Dios al hombre lo bajo que había caído? ¿Cómo enseñaría al hombre sobre su profunda infección interna e impureza? ¿Cómo mostraría Dios a la humanidad que sus obras justas eran como trapos de inmundicia? ¿Cómo les mostraría su extrema depravación e incapacidad para hacer lo que un día había sido tan natural como el respirar para Adán antes de la caída? ¿Cómo?

Entra en la Ley

Dios escogió a un fariseo que antes había permanecido orgullosamente firme en lo que él había denominado “mi propia justicia, que es por la ley” como el campeón de una clase de justicia enteramente distinta, la justicia de Dios. Dios tuvo que parar a este fariseo muerto en sus caminos y convencerle de que la bondad del hombre era para Él como inmundicia, como materia fecal. Pablo aprendió muy bien esta lección. Vio la depravación de su propio corazón homicida en un encuentro divino en el camino de Damasco, donde el Cristo resucitado le dijo, “Yo soy Jesús, a quien tú persigues”. Pablo había estado tan seguro de su justicia aprisionando y matando a los santos de Dios. Su justicia le había cegado a la verdad que solo se halla en Jesucristo.

Después de catorce años de oscuridad y desierto, Pablo escribió lo siguiente a la iglesia de los Filipenses: “Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo, y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe.” (Filipenses 3:8-9).

A lo largo de sus epístolas, Pablo contrasta la justicia que viene de Dios con la justicia del hombre, basada en la ley. A los Gálatas les dijo:

“Sabido que el hombre no es justificado por las obras de la ley, sino por la fe de Jesucristo, nosotros también hemos creído en Jesucristo, para ser justificados por la fe de Cristo y no por las obras de la ley, por cuanto por las obras de la ley nadie será justificado.” (Gálatas 2:16)

Si la justicia viene solo creyendo en Cristo Jesús, y somos justificados solo por nuestra fe en Él, entonces, ¿Cuál es el propósito al que sirve la ley? ¿Para qué fue dada?

Dios dio la ley como un ayo para enseñarnos que solo hay UNO que es bueno. La ley no enseña esto a fuerza de desempeño cumplido, sin por medio del fracaso en el desempeño. Exige una perfección o bondad del hombre que solo pertenece a Dios. Quienquiera que intente guardar la ley está destinado a fracaso tras fracaso hasta quedar hastiado y en desgracia. Como el hombre de Romanos capítulo siete terminará clamando “¿Quién me libraré de este cuerpo de muerte?” Solo entonces podemos aceptar la justicia que viene de Dios por la fe. Solo entonces podemos entender estas palabras, “Mas *por Él* estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios *sabiduría, justificación, santificación y redención*” (1ª Corintios 1:30). Aquí vemos que este don de Justicia no es una cosa, sino una Persona. ¡Él es nuestra Justicia! La justicia viene en forma del don de Dios mismo al hombre y con ese don viene una nueva naturaleza con nuevos deseos. Todas las cosas son nuevas. Somos justos cuando Él vive Su justicia por nosotros.

Pablo dejó clara esta verdad fundacional a los creyentes romanos cuando escribió:

“Pero sabemos que **todo lo que la ley dice, lo dice a los que están bajo la ley, para que toda boca se cierre y todo el mundo quede bajo el juicio de Dios; ya que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado** delante de él; porque por medio de la ley es el conocimiento del pecado. Pero ahora, **aparte de la ley, se ha manifestado la justicia de Dios**, testificada por la ley y por los profetas;

la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en él.

Porque no hay diferencia, **por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios, siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús**, a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados, **con la mira de manifestar en este tiempo su justicia, a fin de que él sea el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús.** ¿Dónde, pues, está la jactancia? Queda excluida. ¿Por cuál ley? ¿Por la de las obras? No, sino por la ley de la fe. **Concluimos, pues, que el hombre es justificado por fe sin las obras de la ley.** (Romanos 3:19-28).

Primero, Pablo apunta que “todo lo que la ley dice, lo dice a los que están bajo la ley”. Esto es un punto extremadamente importante que discutiremos extensamente por un momento. Por ahora, baste decir que los que creemos y hemos recibido la justicia de Dios por la fe en Su Hijo, no estamos bajo la ley y lo que la ley dice no se nos aplica a nosotros.

La cuestión es que Dios dio la ley para frenar toda boca justa en sí misma, y mostrar al hombre que no hay bondad en él, para que el mundo entero permanezca en silencio y culpable ante Él. Dios dio la ley para probar que no hay mortal que pueda guardarla. “Mas la Escritura (ley) lo encerró todo bajo pecado, para que la promesa que es por la fe en Jesucristo fuese dada a los creyentes.” (Gálatas 3:22).

Nadie puede hacerse justo guardando la ley. Cuanto más sabes sobre la ley, más convencido estás de tu pecaminosidad. La ley trajo el conocimiento del pecado, no el remedio para el pecado. Pablo lo describe así: “Y yo sin la ley vivía en un tiempo; pero venido el mandamiento, el pecado revivió y yo morí” (Romanos 7:9). La ley no trajo remedio para el pecado sino que intensificó el sentido del mismo, dejando al pecador completamente convencido de su siempre presente cuerpo de muerte. “Pero la ley se introdujo para que el pecado abundase” (Romanos 5:20) y “llevara fruto para muerte” (Romanos 7:5). Este es su *único* propósito. “Pero yo no conocí el pecado sino por la ley; porque tampoco conociera la codicia, si la ley no dijera: No codiciarás” (Romanos 7:7). El poder del pecado es la ley. (1ª Corintios 15:56). La ley trajo el conocimiento del pecado pero no la vida (Gálatas 3:21). “Pues nada perfeccionó la ley, sino la **introducción de una mejor esperanza**, por la cual nos acercamos a Dios. (Hebreos 7:19, énfasis nuestro).

Preguntas difíciles sobre la Ley

En cuanto nos atrevemos a sacar el hecho de que ya no estamos más bajo la ley del Antiguo Testamento, el griterío de los que han puesto su identidad en el cumplimiento de la ley aumenta hasta convertirse en un estruendo ensordecedor. Siempre están prestos a citar las palabras de Jesús a los judíos,

“No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para **cumplir**. Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, **hasta que todo se haya cumplido**. De manera que cualquiera que quebrante uno de estos mandamientos muy pequeños, y así enseñe a los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos; mas

cualquiera que los haga y los enseñe, éste será llamado grande en el reino de los cielos.” (Mateo 5:17-19).

Echemos un vistazo a las dos palabras griegas traducidas como *cumplir* y *cumplido*.

Cumplir – pleroo pleroo {ple -r'o}

- 1) Llenar, re llenar, esto es, llenar hasta lo máximo.
- 2) Completar
 - a) Llenar hasta el borde de manera que no haya nada con falta, rebosar
 - b) Consumar
 - 1) completar en cada aspecto, perfeccionar
 - 2) Llevar a un fin, cumplir, desarrollar, emprender
 - c) Llevar a efecto, hacer realidad, cumplir

Cumplido – ginomai ginomai {gin -omai}

- 1) Ser, llegar a existir, comenzar a ser, recibir ser
- 2) Ser hecho, acabado

Ahora bien, con estas definiciones en mente, miremos lo que Jesús está diciendo realmente aquí:

“No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para **cumplir hasta el borde y consumir la ley**. De cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, **hasta** que todo (el contenido completo de la ley) **se haya terminado**.”

¿De qué forma se cumplían las exigencias justas de la ley? ¿Cómo se consumaba la ley? Jesús, el perfecto Hijo de Dios que entregó a Moisés la Ley, vino a llenar las exigencias de la ley en Una vida por todos—mediante una ofrenda perfecta de un Cordero sin mancha, el Cordero de Dios.

Mira las palabras que dijo respecto de Juan el Bautista,

“Entonces les dijo: Vosotros sois los que os justificáis a vosotros mismos delante de los hombres; mas Dios conoce vuestros corazones; porque lo que los hombres tienen por sublime, delante de Dios es abominación. La ley y los profetas eran hasta Juan; desde entonces el reino de Dios es anunciado, y todos se esfuerzan por entrar en él. Pero más fácil es que pasen el cielo y la tierra, que se frustré una tilde de la ley.” (Lucas 16:15-17).

“La ley y los profetas fueron **hasta** Juan”. Juan el bautista vino anunciando a Aquel que cumpliría el propósito de la ley en su propia vida justa. La ley y los profetas no solo apuntaban hacia un orden más alto de justicia, sino que también apuntaban a Aquel que cumpliría toda la justicia, Jesucristo. Jesús primero cumplió y luego terminó la necesidad de la ley en Su concepción perfecta, nacimiento, vida, muerte y finalmente Su perfecta resurrección que de una vez y para siempre derribó el muro de separación entre el hombre y Dios. Colgado de la cruz, Jesús clamó, “Consumado es”. Entonces se rasgó de arriba abajo el velo del lugar Santísimo, abriendo el camino a la santidad de Dios para todos los hombres. Primero, solo por la fe en el Hijo entramos por el rociamiento de la sangre del Cordero y luego, siendo hechos santos por Su santidad que mora en nosotros. En el pasado solo el Sumo sacerdote podía entrar

pero ahora todos los que creen en el único Gran Sumo Sacerdote de Dios, Jesucristo, tienen el mismo acceso a la justicia y presencia de Aquel que es el único bueno.

Jesús clamó, "Consumado es". ¿Qué es lo que se consumó? El mismo "consumado" del pasaje de Juan citado más arriba. "Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, **hasta** que todo **se haya cumplido [terminado]**."

Contrasta esto con lo que Jesús dijo a los fariseos y a todos los que guardaban la ley. "Vosotros sois los que os justificáis a vosotros mismos delante de los hombres, pero Dios conoce vuestros corazones. Porque lo que es de gran estima delante de los hombres, es abominación a los ojos de Dios". ¿Es la ley una abominación? ¡En modo alguno! El corazón del hombre que piensa que puede hacer lo que solo el Hijo de Dios puede hacer, es abominación ante Dios. Es una afrenta a Su santidad.

Mira las palabras de Juan que comienzan el evangelio, hablando de Juan el Bautista,

"Juan dio testimonio de él, y clamó diciendo: Este es de quien yo decía: El que viene después de mí, es antes de mí; porque era primero que yo. Porque de su **plenitud** tomamos todos, y gracia sobre gracia. Pues la ley por medio de Moisés fue dada, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo." (Juan 1:15-17).

Otro difícil pasaje que parece promover el guardar la ley aunque no lo hace en realidad, es Romanos 3:31:

"Luego ¿Por la fe invalidamos la ley? En ninguna manera, sino que confirmamos la ley." (Romanos 3:31).

¿Implica este pasaje que deberíamos guardar la ley? ¿Es confirmar la ley lo mismo que guardarla? Tenemos que tomar estas palabras en su contexto. La palabra griega traducida por *confirmamos* en el pasaje de arriba significa "sostener... colocar o poner en balanza... sopesar: dinero (porque en la antigüedad antes de la introducción de la moneda, se solía pesar los metales)." (Thayer). Entre otras cosas, Pablo estaba implicando que la postura que sostenía el Judaísmo respecto de la justicia en ese tiempo, estaba muy lejos de la postura de Dios. Él afirmaba tener a la ley en su perspectiva correcta.

Pablo estuvo junto a la ley mostrando como la ley misma da cuentas de la justicia de la fe, sin las obras de la ley. Él preguntó, "¿Qué, pues, diremos que halló Abraham, nuestro padre según la carne? Porque si Abraham fue justificado por las obras, tiene de qué gloriarse, pero no para con Dios. Porque ¿qué dice la Escritura? Creyó Abraham a Dios, y le fue contado por justicia. Pero al que obra, no se le cuenta el salario como gracia, sino como deuda; mas al que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia." (Romanos 4:1-5).

Pablo siguió mostrando como Abraham fue tenido por justo antes de ser circuncidado. Lo que indica que la circuncisión no te hace justo. Llegó a la conclusión de que una persona circuncidada que cree en Cristo es de la "fe de nuestro padre Abraham, que tuvo estando aún incircunciso" (4:12). ¿Cuál es el punto de Pablo en esto? ¡Está estableciendo la ley! Está apoyando lo que dicen las Escrituras y mostrando por ellas la justicia de la fe sin las obras de la ley. Pablo apoyó la ley desde la perspectiva de indicar el camino a la fe y la gracia. Por eso pudo escribir, "Por la ley, estoy muerto a la ley para vivir para Dios" (Gálatas 2:19). La ley misma testifica irrefutablemente de

nuestra libertad de la misma. Pablo no estaba promocionando el guardar la ley. Todo este argumento está contra eso. Recuerda que la ley no fue dada cuando Dios tomó por justo a Abraham. Por tanto, la fe de Abraham no tiene nada que ver con la carta.

El conflicto entre los dos hijos

Así que la ley, que produce fruto para muerte, falló al criterio principal para la justicia — vida. “Si la ley dada pudiera vivificar, la justicia fuera verdaderamente por la ley.” (Gálatas 3:21). La ley no puede conferir vida. Este es el fallo principal. No puede impartir gracia y verdad. Si pudiera... “entonces Cristo murió en vano” (Gálatas 3:21). En crudo contraste, Juan escribía de Jesús, “en ÉL estaba la *vida* y la *vida* era la luz de los hombres”.

La justicia de Dios viene por la fidelidad de Jesucristo, inherente en Su vida misma aparte de la ley. Esta justicia jamás es inherentemente nuestra. Porque el judío y el gentil, ambos han pecado y están destituidos de la gloria de Dios. No hay justo, ni aún uno solo. Todos son justificados por la gracia que viene por la redención que hay para siempre en Cristo Jesús. Sólo ÉL es lleno de gracia y de verdad. Dios demuestra Su justicia en esto. Demuestra que ÉL es justo al justificar a los que creen Su Hijo por la fe solamente.

Los legalistas de los días de Pablo vieron esto como una obra completamente ilegal, porque la ley demandaba la circuncisión antes de poder ser tenido por justo y aceptado en la mancomunidad del pueblo escogido de Dios. Si Dios hubiera de justificar a los gentiles solo por la fe, ÉL rompería Su propia ley o al menos, eso es lo que parecía a los judaizantes de la iglesia de Jerusalén. De manera que se dispusieron a armonizar ambas, y terminaron desarrollando una doctrina más equilibrada: “Entonces algunos que venían de Judea enseñaban a los hermanos: Si no os circuncidáis conforme al rito de Moisés, no podéis ser salvos.” (Hechos 1:15).

Jesús advirtió a los discípulos que se guardaran de la levadura de los fariseos. Después de Su resurrección, la institución judía y los ejecutores de la ley hicieron incursiones en la iglesia infante en la misma ciudad donde Le habían matado (lee Hechos 6:7 y 21:20). En Hechos leemos que un poquito de levadura comenzó a leudar toda la masa. Hasta el mismo Pedro fue atrapado en esto y luego tuvo que arrepentirse. Los legalistas se convirtieron en los grandes perseguidores y opositores del evangelio de gracia de Pablo.

Él explicó en estos términos este fenómeno a la iglesia de los Gálatas:

“Decidme, los que queréis estar bajo la ley: ¿no habéis oído la ley? Porque está escrito que Abraham tuvo dos hijos; uno de la esclava, el otro de la libre. Pero el de la esclava nació según la carne; mas el de la libre, por la promesa. Lo cual es una alegoría, pues **estas mujeres son los dos pactos; el uno proviene del monte Sinaí, el cual da hijos para esclavitud**; éste es Agar. Porque Agar es el monte Sinaí en Arabia, y corresponde a la Jerusalén actual, **pues ésta, junto con sus hijos, está en esclavitud. Mas la Jerusalén de arriba, la cual es madre de todos nosotros, es libre**. Porque está escrito: Regocíjate, oh estéril, tú que no das a luz; Prorrumpes en júbilo y clamas, tú que no tienes dolores de parto; Porque más son los hijos de la desolada, que de la que tiene marido. Así que, hermanos, nosotros, **como Isaac, somos hijos de la promesa**.

Pero como entonces el que había nacido según la carne perseguía al que había nacido según el Espíritu, así también ahora. Más ¿qué dice la Escritura? Echa fuera a la esclava y a su hijo, **porque no heredará el hijo de la esclava con el hijo de la libre.** De manera, hermanos, que **no somos hijos de la esclava, sino de la libre.** Estád, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres, y no estéis otra vez sujetos al yugo de esclavitud.” (Gálatas 4:21-5:1).

Así es exactamente como es AHORA. El que es nacido de la carne persigue al que es nacido del Espíritu. ¿Podría esto explicar las divisiones que existen entre los que se llaman cristianos hoy día? Los que habéis encontrado a Jesús como vuestra suficiencia en todas las cosas también os habéis encontrado como objetivos de los que continúan en las obras de los judaizantes. No, hoy no te demandan la circuncisión como prueba de justicia sino que se glorían en la carne intentando tratar con las impurezas de la carne mediante un poder que no es mayor que la voluntad humana. Pablo lo escribe así:

“Pues si habéis muerto con Cristo en cuanto a los rudimentos del mundo, ¿por qué, como si vivieseis en el mundo, os sometéis a preceptos tales como: No manejes, ni gustes, ni aun toques (en conformidad a mandamientos y doctrinas de hombres), cosas que todas se destruyen con el uso? Tales cosas tienen a la verdad cierta reputación de sabiduría en culto voluntario, en humildad y en duro trato del cuerpo; pero no tienen valor alguno contra los apetitos de la carne. Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria.” (Colosenses 2:20-3:4).

Ahí donde encuentras la libertad de Cristo, los legalistas llegan pronto y tratan de imponer alguna forma de religión auto-fabricada y auto-impulsada. Pablo descubrió que esto era cierto de la iglesia en Jerusalén, de la que dice.

“Y esto a pesar de los falsos hermanos introducidos a escondidas, que entraban para espiar nuestra libertad que tenemos en Cristo Jesús, para reducirnos a esclavitud, a los cuales ni por un momento accedimos a someternos, para que la verdad del evangelio permaneciese con vosotros.” (Gálatas 2:4,5).

Estad firmes en vuestra libertad, santos amados. ¡Estad firmes!

Ahora respondamos a la pretensión de que para que Dios cumpla las demandas justas de la ley solamente por medio de la fidelidad de Cristo, tendría que romper Su propia ley.

Dios, la Ley y la Gracia

Dios cumplió las exigencias justas de la Ley por medio del sacrificio de Cristo. Pero no acabó ahí. Por ese mismo sacrificio también liberó a los que estaban encerrados bajo la ley. ¿No es eso ilegal? ¿Cómo pudo Dios hacer eso y seguir siendo justo? Pablo se refirió a la ley como la *ley del pecado y de la muerte*—tú pecas, ¡tú mueres!

Todos han pecado en el pasado y han quedado destituidos de la gloria de Dios en el presente. Entonces TODOS, cada uno, sin excepción, tienen que morir. Tú y yo tenemos que morir. Esa es la ley.

¿Cómo pudo Dios, que es rico en misericordia, mostrar bondad a los que Él ama, que han pecado y han sido destituidos, y aún así, cumplir las exigencias justas de la ley? El amor halló el camino. Dios amó de tal manera al mundo que envió a Su Hijo único a morir para que cualquiera que crea en Él, no se pierda, más tenga vida eterna (lee Juan 3:16). Por medio del sacrificio de Cristo, las demandas de la ley son *cumplidas o acabadas*. Por medio de Su muerte somos tenidos por justos. La única forma de que Dios pudiera librarnos de la maldición de la ley era por medio de la *muerte*. “Sorbida es la muerte en victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria? ya que el aguijón de la muerte es el pecado, y el poder del pecado, la ley.” (1ª Corintios 15:54-56).

¡Tú pecas, Tú mueres! La ley lo exige. Dios sería injusto si no ejecutara sus demandas de la letra. ¿Cómo podía triunfar la misericordia sobre el juicio? ¿Cómo es la muerte sorbida en victoria? ¿Cómo pudo Dios seguir siendo justo y mostrar Su misericordia a una humanidad en pecado? ¿Cómo podrá justificar al pecador que es incapaz de guardar Su Ley? ¿Cómo podrá justificar a los gentiles solo por medio de la fe, y seguir siendo justo? Tenemos que responder a estos interrogantes y confiar en la respuesta si es que vamos a tener la justicia que procede de Dios.

Encontramos la respuesta en la segunda carta a los Corintios.

“Porque el amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron; y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos” (2ª Corintios 5:14-15).

Pablo habló del impacto de esta muerte en su propia vida,

“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí.” (Gálatas 2:20).

¿Qué clase de lenguaje extraño es éste? Uno murió por TODOS... Su muerte, nuestra muerte... todos muertos. Estoy crucificado con Cristo, y ya no vivo yo más vive Cristo en mí. ¿De qué está hablando Pablo aquí? ¿Cómo puedo estar vivo y muerto al mismo tiempo?

A través de nuestra co-muerte con Jesús en la cruz, la pena demandada por la ley es pagada por completo y Dios es justo de tenernos por justos. Dios es justo al justificar a todo aquel que vive por la fe de Cristo. Esto consiste en más que vivir por meras creencias de fe, sino Cristo viviendo por nosotros. “No yo, sino Cristo...” Por causa de esta muerte, Dios nos toma por muertos a la ley y a su maldición. Como leímos antes, los requisitos de la ley son demandados de aquellos que están *bajo la ley*. La persona que ha sido crucificada con Cristo no solo es justificada sino que también está muerta a la ley, lo que significa que ya no vive más según las demandas de la misma. Pablo lo explica así:

“¿Acaso ignoráis, hermanos (pues hablo con los que conocen la ley), que la ley se enseñorea del hombre entre tanto que éste vive? Porque la mujer casada **está sujeta por la ley al marido mientras éste vive**; pero si el marido muere, **ella queda libre de la ley del marido**. Así que, si en vida del marido se uniere a otro varón, será llamada adúltera; pero si su marido muriere, es libre de esa ley, de tal manera que si se uniere a otro marido, no será adúltera. Así también vosotros, hermanos míos, **habéis muerto a la ley** mediante el cuerpo de Cristo, **para que seáis de otro**, del que resucitó de los muertos, **a fin de que llevemos fruto para Dios**. Porque mientras estábamos en la carne, las pasiones pecaminosas que eran por la ley obraban en nuestros miembros llevando fruto para muerte. **Pero ahora estamos libres de la ley, por haber muerto** para aquella en que estábamos sujetos, **de modo que sirvamos bajo el régimen nuevo del Espíritu y no bajo el régimen viejo de la letra.**” (Romanos 7:1 -7)).

Podemos concluir diciendo que todo aquel que profesa amor imperecedero a Cristo estando aún casado con el viejo marido (la ley), es adúltero, estando casado con un hombre a la par que profesa amor a otro. No pueden estar unidos a Cristo y producir descendencia para Dios mientras *vivan*. Solo aquellos que son tomados por muertos por su muerte con Cristo están más allá del alcance del viejo *marido*. Sólo estos son libres de las demandas de la ley. El divorcio de la ley no es suficiente porque en el divorcio permanecemos como quebrantadores de la ley. Solo la muerte puede librarnos de ella. Pasamos más allá del ámbito de la ley por la cruz, bautismo -entierro y resurrección. De igual modo que Jesús fue levantado en novedad de vida y ahora se sienta en lugares celestiales, por encima de todo principado y potestad, así somos nosotros levantados para estar sentados en un reino muy por encima de los rudimentarios principios de la ley, el pecado y la muerte. Si estamos crucificados con Cristo, ya no estamos bajo la ley, como leímos anteriormente, “lo que dice la ley, lo dice a los que están bajo la ley”. Ahora bien, examinemos esta condición de no estar bajo la ley.

Los Dos Pactos

Es imposible comprender la ley sin reconocer primero que es un pacto hecho con una nación solamente. Pablo escribió, “Me he hecho a **los judíos** como judío, para ganar a los judíos; **a los que están sujetos a la ley** (aunque yo no esté sujeto a la ley) como sujeto a la ley, para ganar a los que están sujetos a la ley” (1ª Corintios 9:20).

Lo primero que aprendemos de este versículo es que Pablo estaba dirigiéndose a dos grupos, los judíos sujetos a la ley y las naciones gentiles que nunca estuvieron bajo la ley de Moisés. Dios dio la ley a Israel como un Pacto entre Él mismo y ellos solamente. Dios dijo a Moisés. “Escribe tú estas palabras; porque conforme a estas palabras he hecho pacto contigo y con Israel.” (Éxodo 34:27). La Ley fue el Pacto de Dios con Moisés e Israel, *no* con las naciones gentiles.

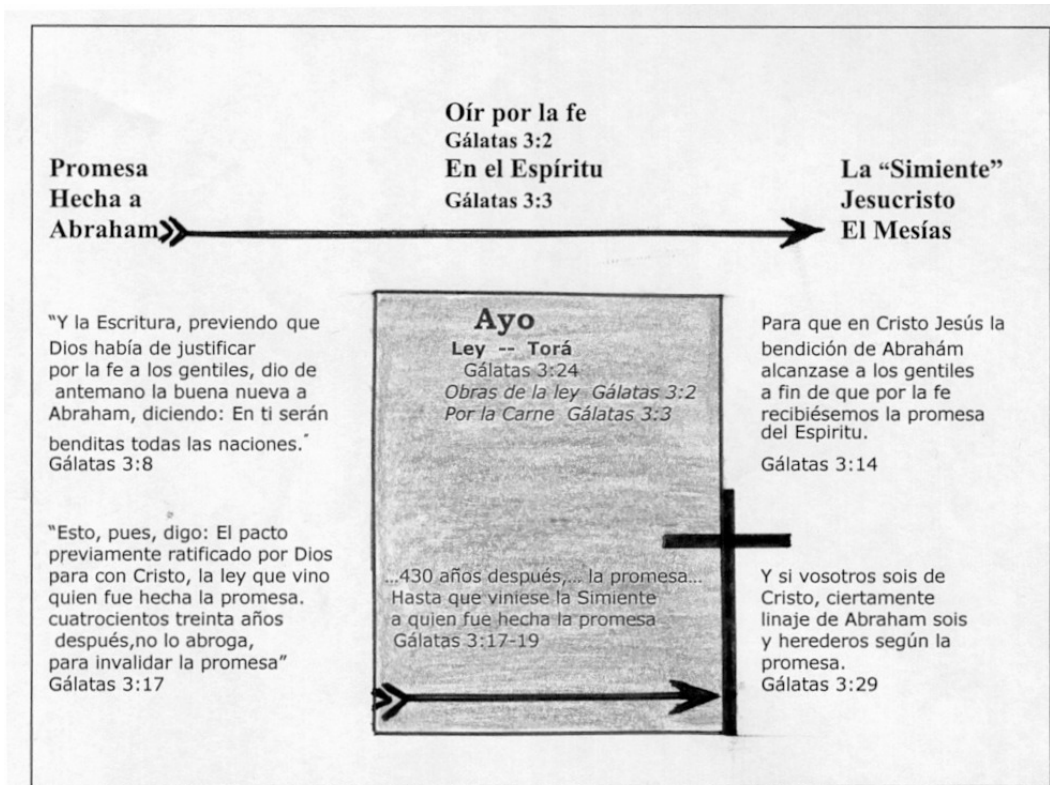
Los gentiles no pasaron por el Mar Rojo ni estuvieron al pie del Monte Sinaí cuando Moisés bajó con la ley grabada en tablas de piedra. Tampoco siguieron a Josué a través de las aguas partidas del Río Jordán a la tierra de la promesa. El Pacto Mosaico fue exclusivamente entre Moisés, Israel y Dios. Aunque los gentiles no estaban bajo la ley de Moisés, fueron incluidos en un pacto hecho con Abraham cuatrocientos treinta años antes.

Pablo también se refirió a la ley como a un pacto con la Jerusalén natural. “Lo cual es una alegoría, pues estas mujeres son los dos pactos; el uno proviene del monte Sinaí, el cual da hijos para esclavitud; éste es Agar. Porque Agar es el monte Sinaí en Arabia, y corresponde a la Jerusalén actual, pues ésta, junto con sus hijos, está en esclavitud (Gálatas 4:24-25). Algunos hacen una disección de la ley de Moisés y las tradiciones de los padres judíos y dicen que como cristianos estamos bajo una, pero bajo la otra. Todo esto es palabrería. Como vemos arriba, Pablo deja claro que todo lo que baja de Sinaí (la ley de Moisés) y todo lo que es de Jerusalén (las tradiciones de los padres), son una misma cosa. Adherirse a una parte de ello es lo mismo que estar en esclavitud a todo ello.

¿Qué pasa con el otro Pacto? Solo hay dos pactos. Hoy los llamamos el “Antiguo Pacto” y el “Nuevo Pacto”, pero estas dos distinciones no son completamente exactas. Pablo se esforzó por mostrar a los Gálatas que el Nuevo Pacto en realidad era antiguo, un Pacto antiguo--el pacto confirmado **antes** por Dios en Cristo. ¿Cuándo? “Ahora bien, a Abraham fueron hechas las promesas, y a su simiente. No dice: Y a las simientes, como si hablase de muchos, sino como de uno: Y a tu simiente, la cual es Cristo. Esto, pues, digo : **El pacto previamente ratificado por Dios para con Cristo, la ley que vino cuatrocientos treinta años después no lo abroga**, para invalidar la promesa .” (Gálatas 3:16,17). Considera la trayectoria temporal en la página siguiente.

La porción completamente en blanco del tiempo en la página siguiente representa a un solo pacto—“*el pacto ratificado por Dios para con Cristo.*” Este pacto fue hecho con Abraham y su simiente (Cristo), cuatrocientos treinta años antes de que la ley fuera dada. Vemos así que el evangelio primero fue predicado a Abraham (Gálatas 3:8). El Pacto que Dios hizo con Abraham y su Simiente (Cristo) era el de bendecir a todas las naciones. Este Pacto fue más amplio en su alcance que el pacto Mosaico porque incluía a todo el mundo, y no solo a Israel.

El Pacto de Dios con Abraham nunca ha sido interrumpido ni se le ha añadido nada. Pablo escribió al respecto, “Hermanos, hablo en términos humanos: Un pacto, aunque sea de hombre, una vez ratificado, nadie lo invalida, ni le añade.” (Gálatas 3:15). Por eso la ley representada por la parte en gris del tiempo, no es una nota final al Pacto que Dios hizo con Abraham, sino que fue añadido entre paréntesis solo durante una porción breve de tiempo para llevar a la gente a Cristo, la Simiente a quién fue hecha la promesa. El Pacto de la ley permanece totalmente separado de la fe de Abraham, en la que permanecen ahora aquellos que confían en Cristo, como lo hizo él.



El pacto que comparten todos los creyentes hoy es en realidad el antiguo pacto que fue efectivo cuatrocientos treinta años antes de la ley. Fue nuevo solamente para los judíos que estaban bajo la ley cuando aceptaron a Cristo como su Mesías. Pablo llega a la conclusión de que los que son de Cristo son la simiente de Abraham y herederos conforme a la promesa (lee Gálatas 3:29). Como mencionamos antes, Jesús dijo a los fariseos, "Abraham vio mi día y se regocijó". Pablo aclara esto incluso más profundamente incluyendo a todos los creyentes con Isaac en el linaje de Abraham. "Así que, hermanos, nosotros, como Isaac, somos hijos de la promesa. (Gálatas 4:28). Isaac nació como heredero. No hizo nada para heredar. Todo vino como don inmerecido de su padre. Lo mismo sucede con nosotros, que somos, *como Isaac*, hijos de la promesa. Somos herederos de la promesa por la fe en Cristo. Respecto a este nacimiento y herencia, Pablo dice, "Pues no es judío el que lo es exteriormente, ni es la circuncisión la que se hace exteriormente en la carne; sino que es judío el que lo es en lo interior, y la circuncisión es la del corazón, en espíritu, no en letra; la alabanza del cual no viene de los hombres, sino de Dios." (Romanos 2:28-29). Los que estamos *en Cristo* y tenemos la fe de Cristo somos la simiente de Abraham, no la simiente de Moisés. El Pacto bajo el que estamos en Cristo es anterior y posterior a la ley.

La ley que vino cuatrocientos treinta años después no puede anular o ayudar a la Promesa. La Promesa es tanto para el judío como para el gentil—todos los hombres y mujeres en Cristo. Simeón profetizó con el Cristo de niño en sus brazos, "Ahora, Señor, despides a tu siervo en paz, Conforme a tu palabra; Porque han visto mis ojos tu salvación, la cual has preparado en presencia de todos los pueblos; Luz para revelación a los gentiles, Y gloria de tu pueblo Israel." (Lucas 2:29-32).

¿Está esa ley en contra de las promesas? No. Entonces, ¿Puede la ley cumplir la promesa? Misma respuesta: No. La justicia no podía venir por la ley porque la ley no podía dar vida y porque no puede dar vida, no puede tampoco traer la bendición. La justicia y la vida están en conexión. No podemos tener uno sin el otro. EL don de la vida divina es el don de la justicia. Recuerda, solo Dios es bueno y cuando Su Espíritu es impartido al creyente Su bondad es también dada. “Pero el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre...” (Gálatas 5:22). Contra tales cosas no hay ley.

La bendición de Abraham que vino sobre todas las naciones *no era* la ley. Pablo escribió, “Cristo nos redimió de la maldición de la ley hecho por nosotros maldición, (porque escrito está: maldito todo el que es colgado en un madero: Para que en Cristo Jesús, la bendición de Abraham alcanzase a los gentiles, a fin de que por la fe recibiésemos la promesa del Espíritu.” (Gálatas 3:13-14). La bendición de Abraham es el Espíritu que ahora es derramado sobre *toda carne* (lee Hechos 2). Dios dio la bendición de Abraham a toda carne, no la maldición de la ley.

La Iglesia en Antioquia en contraste con la Iglesia en Jerusalén

La Iglesia en Antioquia fue la primera señal de que el Pacto de Dios con Abraham daba su fruto. Hallamos una evidencia clara de ello en el Libro de los Hechos. Nadie supo como sucedió, pero hubo una gloriosa expresión de la iglesia de Cristo brotando en Antioquia. La Iglesia de Antioquia era una iglesia gentil verdaderamente libre, dirigida puramente por el Espíritu. No eran gobernados por la ley sino por el Espíritu (la bendición de Abraham). Esta anomalía se convirtió en el rumor de la iglesia de Jerusalén. De acuerdo con Jacobo y todos los ancianos, la iglesia de Jerusalén comprendía a miles de judíos creyentes que eran “celosos de la ley” (lee Hechos 21:20).

La gran diferencia entre estas dos iglesias provocó una reunión en Jerusalén para discutir el asunto. El enfoque era si la ley podía aplicarse a los creyentes gentiles. ¡Gracias a Dios por Pedro, que saltó justo a tiempo! “Y después de mucha discusión, Pedro se levantó y les dijo: Varones hermanos, vosotros sabéis cómo ya hace algún tiempo que Dios escogió que los gentiles oyesen por mi boca la palabra del evangelio y creyesen. Y Dios, que conoce los corazones, les dio testimonio, dándoles el Espíritu Santo lo mismo que a nosotros; y ninguna diferencia hizo entre nosotros y ellos, purificando por la fe sus corazones. Ahora, pues, ¿por qué tentáis a Dios, poniendo sobre la cerviz de los discípulos un yugo que ni nuestros padres ni nosotros hemos podido llevar? Antes creemos que por la gracia del Señor Jesús seremos salvos, de igual modo que ellos.” (Hechos 15:7-11).

De acuerdo con Pedro, poner el yugo de la ley sobre el pueblo de Dios es tentar a Dios y ser culpable de exactamente lo mismo que hicieron los fariseos, es decir, cerrar el reino de los cielos a los hombres. “Mas ¡¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas!! Porque cerráis el reino de los cielos delante de los hombres; pues ni entráis vosotros, ni dejáis entrar a los que están entrando. ¡¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas!! Porque devoráis las casas de las viudas, y como pretexto hacéis largas oraciones; por esto recibiréis mayor condenación.” (Mateo 23:13-14). Hoy día cualquiera que anime a los hijos de Dios a guardar la ley está poniendo un yugo de esclavitud sobre ellos que nadie ha podido llevar jamás, consignándolos a una vida de miseria y fracaso. ¿Es ésta la bendición que Dios prometió a los descendientes de Abraham?

La Iglesia de Antioquia había recibido la bendición de Abraham sin las trampas de la ley. "Y la Escritura, previendo que Dios había de justificar por la fe a los gentiles, dio de antemano la buena nueva a Abraham, diciendo: En ti serán benditas todas las naciones." (Gálatas 3:8). El gran conflicto de Israel era que se enorgullecieron en su peculiaridad como pueblo escogido de Dios, que no podía o simplemente no abrazaban el alcance e intención completos del Pacto Abrahámico. En lugar de ello, su posición exagerada los puso con frecuencia en directa oposición al Pacto Abrahámico, provocándoles la burla hacia aquellos a quienes Dios quería incluir. Hallaron su identidad en el Pacto Mosaico, convirtiéndoles en los únicos custodios de los oráculos de Dios, elevándoles por encima de los malditos gentiles. Israel se convirtió en un poderoso divino con las llaves para cerrar o admitir prosélitos dentro de su mancomunidad. Su instrumento de poder era la ley y hallaron un sentimiento de seguridad y de orgullo en el conocimiento de la misma. Despreciaron y maldijeron a los que no conocían la ley (Juan 7:49). ¿Por qué razón iban a estar dispuestos a perder tal poder a cambio de igualdad con los gentiles? Pero esto es precisamente lo que demandaba el evangelio predicado antes a Abraham, porque proclamaba bendición a todas las naciones. Si, ni siquiera el evangelio es nuevo. También es anterior a la ley puesto que le fue predicado antes a Abraham.

Si somos honestos con nosotros mismos tenemos que admitir que una clase similar de elitismo cierra el reino de los cielos hoy día, al tomar a quienes Dios ha unido en gloriosa unidad, y separarlos en clases, divididas por credenciales y banderines. En una esquina tendrás la nación bautista, en otra la luterana y otra en otra nación.

Cristo y todos los creyentes verdaderos son un Espíritu. En la terminología de Adán, son "hueso de Su hueso y carne de Su carne". Los dos serán uno, y como el esposo y la esposa, serán una sola carne. "El que se une al Señor, un Espíritu es con Él" (1ª Corintios 6:16-17).

Las palabras que Jesús uso para describir el horror de hacer algo para separar al marido y a la esposa se aplican a Él y a su Esposa, la iglesia. "Por tanto, lo que Dios ha unido, no lo separe el hombre." (Marcos 10:9).

Ley o Gracia

¿Qué te viene a la cabeza cuando oyes esta palabra, "Bajo la ley"? La palabra bajo (*hup*) significa *bajo, por debajo, o* en una posición o condición *inferior*. Pablo escribió de esta condición inferior. "Pero antes que viniese la fe, estábamos confinados bajo la ley, encerrados para aquella fe que iba a ser revelada." (Gálatas 3:23). Lo que está sobre nosotros es lo que normalmente nos controla. La ley fue dada para gobernar, NO para ser gobernada. Los que están bajo la misma están sujetos bajo su poder. En otro sitio Pablo dice:

"Pero sabemos que todo lo que la ley dice, lo dice a los que están bajo la ley, para que toda boca se cierre y todo el mundo quede bajo el juicio de Dios." (Romanos 3:19)

"Pero antes que viniese la fe, estábamos confinados bajo la ley, encerrados para aquella fe que iba a ser revelada. De manera que la ley ha sido nuestro ayo, para llevarnos a Cristo, a fin de que fuésemos justificados por la fe. Pero venida la fe, ya no estamos bajo ayo" (Gálatas 3:23-25).

“Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros; pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia.” (Romanos 6:14).

“Pero si sois guiados por el Espíritu, no estáis bajo la ley” (Gálatas 5:18).

El capítulo siete de Romanos es un pasaje tremendamente revelador que revela gráficamente la verdadera condición del hombre bajo la ley.

“¿Qué diremos, pues? ¿La ley es pecado? En ninguna manera. Pero yo no conocí el pecado sino por la ley; porque tampoco conociera la codicia, si la ley no dijera: No codiciarás. Mas el pecado, tomando ocasión por el mandamiento, produjo en mí toda codicia; **porque sin la ley el pecado está muerto**. Y yo sin la ley vivía en un tiempo; pero venido el mandamiento, el pecado revivió y yo morí. Y hallé que el mismo mandamiento que era para vida, a mí me resultó para muerte; porque el pecado, tomando ocasión por el mandamiento, me engañó, y por él me mató. **De manera que la ley a la verdad es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno. ¿Luego lo que es bueno, vino a ser muerte para mí?** En ninguna manera; sino que el pecado, para mostrarse pecado, produjo en mí la muerte por medio de lo que es bueno, **a fin de que por el mandamiento el pecado llegase a ser sobremanera pecaminoso**. Porque sabemos que **la ley es espiritual**; más yo soy carnal, vendido al pecado. Porque lo que hago, no lo entiendo; pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago. Y si lo que no quiero, esto hago, apruebo que la ley es buena. De manera que ya no soy yo quien hace aquello, sino el pecado que mora en mí. Y yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien; porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo. Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago. Y si hago lo que no quiero, ya no lo hago yo, sino el pecado que mora en mí. Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí. Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros. ¡¡Miserable de mí!! ¿quién me librá de este cuerpo de muerte? Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro. Así que, yo mismo con la mente sirvo a la ley de Dios, mas con la carne a la ley del pecado. (Romanos 7:1-25).

¿Por qué estaba tan frustrado este amado hermano? Estaba viviendo en muerte más que en vida de resurrección.

Aunque esto pueda sonar como un cuento muy triste, en realidad es una historia de victoria. Es en esta escuela de fracaso y derrota donde las almas equivocadas que intentan guardar la ley aprenden las lecciones más valiosas de sus vidas. El hombre de Romanos capítulo siete aprendió la lección. “Y yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien; porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo.” (Romanos 7:18).

Quizá te identificas con este hombre, después de años de intentar tristemente observar la letra y tratar de saltar por los aros (expectativas) puestas por líderes religiosos bien intencionados. Tu incapacidad para obrar al nivel del consenso de grupo te está destrozando. ¿Qué hacer? Frustrado y derrotado, el clamor brota de tu interior. “Miserable de mí, ¡Quién me librá de este cuerpo de muerte!” ¿Muerte? Si.

Muerte. Este es el problema. Esta es una palabra interesante para usar en conexión con el guardar la ley, ¿no crees? A lo largo de todas las escrituras, la muerte (griego *thanatos*) es separación. Se usa para describir la separación del Espíritu del cuerpo, después de que el cuerpo cese su función. La muerte no es no existencia, sino *separación* de la vida de Dios. Es tratar de perfeccionar la santidad sin el Espíritu Santo. Dios es Espíritu y a los ojos de Dios, vivir sin vida espiritual es muerte. El resultado del pecado de Adán y Eva fue muerte espiritual, que luego sería seguida por la muerte física. Nosotros estábamos muertos en delitos y pecados antes de que Dios nos redimiera. Pablo dice, Pero la que se entrega a los placeres, viviendo está muerta.” (1ª Timoteo 5:6).

W.E.Vine escribió: “Una vida espiritual es `existencia consciente en comunión con Dios´, así que la `muerte´ espiritual es `existencia consciente en separación de Dios””. Aunque el hombre de Romanos 7 se deleitaba en la ley de Dios, le faltaba lo que se necesita para guardarla—la vida de Dios. Se puso a guardar la ley en su propia energía, y todo ello para nada. La ley del pecado, tomando ventaja debido a la falta de la vida divina, barre todo lo que tiene por delante como la embestida de una poderosa inundación.

Pablo responde a la pregunta de quién le libraré de este cuerpo de muerte al declarar, “no hay condenación para el que está en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne sino conforme al Espíritu. *Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha hecho libre de la ley del pecado y del muerte*” (Romanos 8:1-2). El trabajo y el esfuerzo humanos no pueden producir salvación ni santificación. Así que no depende del que quiere (decide hacer algo), ni del que corre (el que pone el esfuerzo), sino de Dios que tiene misericordia.” Romanos 9:16. ¡Cristo en ti es la esperanza de gloria! La ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús nos transforma y vivifica, librándonos de la ley del pecado y de la muerte. ¡Solo la vida puede reemplazar a la muerte!

Qué triste que el hombre no acepte el juicio de Dios sobre su carne hasta que ha agotado hasta su última onza de energía humana. Dios permite esta lucha para que el hombre vea a su carne como la ve su creador. ¡Bancarrotas! Solo entonces estará de acuerdo con la declaración de Dios y pedirá ayuda. Solo entonces puede decir desde su corazón, “en mi, en mi carne, no mora el bien”. Solo entonces buscará la liberación de Dios y Su justicia.

Lo único que se levantará por encima de la ley del pecado y de la muerte es otra ley, la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús. Recuerda las palabras de Pablo, “porque si la ley dada pudiera vivificar, la justicia fuera verdaderamente por la ley” (lee Gálatas 3:21).

La principal táctica de Satanás es alienar a los creyentes de la vida de Cristo seduciéndoles para guardar la ley y caer hasta el nivel inferior del molino de la religión sin gracia. Sabe que haciendo esto, los corta de manera efectiva de Cristo. Pablo escribió: “De Cristo os desligasteis, los que por la ley os justificáis; de la gracia habéis caído.” (Gálatas 5:4). No puedes añadir nada a lo que Cristo ya ha cumplido y llenado con su propia vida de justicia y su muerte en la cruz. Si lo haces, desechas la gracia de Dios y dejas inefectiva a la muerte de Cristo. “No desecho la gracia de Dios; pues si por la ley fuese la justicia, entonces por demás murió Cristo.” (Gálatas 2:21).

“He aquí, yo Pablo os digo que si os circuncidáis, de nada os aprovechará Cristo.” (Gálatas 5:2).

“Mas Israel, que iba tras una ley de justicia, no la alcanzó. ¿Por qué? Porque iban tras ella no por fe, sino como por obras de la ley, pues tropezaron en la piedra de tropiezo.” (Romanos 9:31.32)

“Porque ignorando la justicia de Dios, y procurando establecer la suya propia, no se han sujetado a la justicia de Dios; porque el fin de la ley es Cristo, para justicia a todo aquel que cree.” (Romanos 10:3,4)

“Estoy maravillado de que tan pronto os hayáis alejado del que os llamó por la gracia de Cristo, para seguir un evangelio diferente. No que haya otro, sino que hay algunos que os perturban y quieren pervertir el evangelio de Cristo. Más si aun nosotros, o un ángel del cielo, os anunciare otro evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema. Como antes hemos dicho, también ahora lo repito: Si alguno os predica diferente evangelio del que habéis recibido, sea anatema.” (Gálatas 1:6-9).

Fíjate en todos los pronombres personales de Romanos siete: Yo no quería, Yo era, Yo hallé, Yo soy, Yo aborrezco, Yo deseo, Yo practico, Yo no, etc. Su única esperanza la encuentra en Yo, Mi, Mío. No tiene poder fuera de él mismo. Ese es el estado del hombre que se encuentra bajo la ley. Queda embargado con un sentimiento de impotencia. La esperanza desaparece conforme crece y crece la amenaza de su pecado.

En el capítulo siete el pronombre Yo se usa treinta y dos veces, seis veces solo en el versículo quince. En el capítulo ocho solo se usa dos veces. Pablo descubrió que ya no era Yo, sino Cristo. En el capítulo ocho hizo referencia a Dios, a Jesús y a Su Espíritu... ¡sesenta y una veces! Pablo descubrió a Cristo como su absoluta suficiencia, y así también tenemos que descubrirlo nosotros. Esta es la diferencia entre el hombre en derrota y el hombre en victoria total.

Las vidas miserables de los que han sido engañados hasta pensar que pueden volverse justos por sus propias obras son una constante advertencia a cualquiera que les de oído. Todo comenzó con Eva, que pensaba que si podía comer del árbol prohibido, podría ser como Dios. Tristemente, la gran consecuencia no es solo la miseria de estas pobres almas descarriadas, sino la pérdida de la presencia vital y la bendición del Señor en sus vidas.

Roma imprimió sus valores sobre la primera iglesia dando a luz al catolicismo romano y este mismo esquema mental se trasladó luego dentro de la reforma protestante. El catolicismo se jacta de sus grandes sabios patriarcas como Ignacio, Agustín, Aquino, Tomás Moro, etc. El protestantismo tiene a Lutero, Calvino, Zwinglio, Spurgeon, Moody, etc. Todos ellos educados en los caminos de la sabiduría mundana. Muchos pasaron toda su vida en universidades. Teniendo solo forma de piedad, esta esposa apóstata siempre niega el acceso a la verdadera fuente de poder, prefiriendo el árbol del conocimiento al Espíritu de Dios. ¿Qué es lo que cualifica a un hombre para servir detrás de un púlpito? ¡Una educación cristiana apropiada en una universidad reconocida, por supuesto! Con este estándar, ni uno solo de los líderes de la iglesia primitiva hubiera estado preparado para dirigir al cuerpo de Cristo con la posible excepción de Pablo, y él consideró basura la mejor educación que recibió bajo la élite de Jerusalén.

Por unos instantes vamos a considerar ahora lo que hemos escogido llamar *Contribución de Calvino a la Confusión del Pacto*.

Calvino contribuyó a nuestra cautividad animando una mezcla de ley y de gracia. Su contribución a la condición actual de esclavitud entre el pueblo de Dios no puede exagerarse. Nos la entregó en forma de algo que llamó "teología del pacto. De esto procede el movimiento de la reforma y muchas variedades de iglesias de reforma. Calvino escribió:

"Si es verdad, que una justicia perfecta es expuesta ante nosotros en la Ley, entonces se entiende que una observancia completa de la misma es justicia perfecta a los ojos de Dios; es decir, una justicia por la que el hombre pueda ser considerado y pronunciado justo ante el tribunal divino".

Esta confusión del pacto que enseña que la justicia viene por la observancia de la ley ha salido a la superficie en las enseñanzas de muchos líderes cristianos prominentes que nos la han entregado fielmente. Incluimos algunas citas de unos pocos convertidos a la confusión del pacto de Calvino.

"Es auto-evidente que la obediencia completa a la ley de Dios es posible sobre el terreno de la capacidad natural. Negar esto es negar que el hombre es capaz de hacer y que puede hacer." (Charles Finney, *Lectures on Systematic Theology*, pg. 407)

"La santificación genuina se mostrará en respeto habitual hacia la ley de Dios y en el esfuerzo habitual para vivir en obediencia a la misma como norma de vida." (J.C. Ryle, *Holiness*, pg. 27)

"Cristo vino bajo la ley (Gálatas 4:4), y vivió en perfecta sumisión a la misma, y nos ha dejado ejemplo para que "sigamos Sus pasos" (1ª Pedro 2:21). Solo amando, temiendo y obedeciendo la ley, seremos guardados del pecar...

"Hay una incesante batalla entre la carne y el Espíritu, cada uno produciendo según lo suyo propio, de manera que los quejidos se mezclan siempre con los cánticos cristianos. El creyente se encuentra a sí mismo alternando entre la gratitud a Dios por la liberación de la tentación y la confesión contrita de su deplorable cesión a la tentación. Con frecuencia tiene que clamar, "¡Miserable hombre de mí! (Romanos 7:24). Esta ha sido la experiencia hasta de veinticinco años del escritor, y aún lo sigue siendo." (Arthur Pink, *The Doctrine of Sanctification* pg 81,83).

Considera esta pregunta: ¿Es ésta la vida abundante de la que habló Jesús? Estos mismos hombres han tenido miles de devotos seguidores. Y también los fariseos de hace 2000 años. Siempre que el hombre se gloríe en el potencial humano pensando que hacer lo mejor que pueda es suficiente... habrá guías ciegos guiando a ciegos.

"Gracia, gracia a ella"

El sacerdote y profeta del Antiguo Testamento Zacarías vio esta verdad de que el hombre está en total bancarrota en lo que se refiere a bondad y a hacer la obra del Padre.

“Volvió el ángel que hablaba conmigo, y me despertó, como un hombre que es despertado de su sueño. Y me dijo: ¿Qué ves? Y respondí: He mirado, y he aquí un candelabro todo de oro, con un depósito encima, y sus siete lámparas encima del candelabro, y siete tubos para las lámparas que están encima de él; Y junto a él dos olivos, el uno a la derecha del depósito, y el otro a su izquierda. Proseguí y hablé, diciendo a aquel ángel que hablaba conmigo: ¿Qué es esto, señor mío? Y el ángel que hablaba conmigo respondió y me dijo: ¿No sabes qué es esto? Y dije: No, señor mío. Entonces respondió y me habló diciendo: Esta es palabra de Jehová a Zorobabel, que dice: No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos. ¿Quién eres tú, oh gran monte? Delante de Zorobabel serás reducido a llanura; él sacará la primera piedra con aclamaciones de: Gracia, gracia a ella.” (Zacarías 4:1-7).

Primero es interesante que el significado del nombre Zorobabel es nacido o *simiente de Babilonia*. Imagina por un instante, si puedes, como debe haber sido para los “hijos del cautiverio” que habían sido totalmente afectados por los caminos de Babilonia, convertidos en artesanos para sus reyes durante este tiempo (lee Daniel 1-4). ¡Esta es gente la gente que fue enviada por un rey pagano a Sión para construir un templo para Dios! Ciertamente llegaron de alguna manera llenos de presunción por su capacidad y arte para desarrollar la tarea. Lo habían hecho y lo habían visto hacer muchas veces en Babilonia. Así pues, ¿cual era la primera cosa que los hijos del cautiverio tenían que aprender? Tenían que aprender que esta obra no se haría por los mismos medios que los jardines colgantes, la puerta de Ishtar o los muchos otros monumentos a los reyes Babilonios. Recuerda la jactancia de Nabucodonosor que refleja el corazón y actitud de Babilonia. “¿No es ésta la gran Babilonia que yo edificué para casa real con la fuerza de mi poder, y para gloria de mi majestad?” (Daniel 4:30).

¡No! Esta obra no sería lograda por el poder y la fuerza del hombre. Babilonia la grande describe a la iglesia caída que no conoce otro camino sino el poder y la fuerza de los hombres carnales.

En su visión, Zacarías vio olivos, el candelabro de oro, los siete brazos y las siete lámparas sobre un candelabro común. ¿Qué significan estos símbolos? En Apocalipsis capítulos dos y tres, las siete lámparas son símbolos de la siete iglesias y de los siete espíritus entre lo que Jesús es visto caminando y pronunciando juicios. En esta visión de Zacarías vemos a la iglesia como debería ser, bajo la autoridad de Cristo. Siete es el número de lo completo, de la perfección.

Cada una de las siete “iglesias” es alimentada por un depósito de oro en la fuente, los dos olivos. Dos es el número del testimonio y estos dos árboles describen la obra de Jesús al establecer la iglesia en la tierra y la obra del Espíritu Santo que continúa guiándola. “Estos son los dos ungidos que están delante del Señor de toda la tierra” (Zacarías 4:14). La fuente de luz y energía es el aceite que fluye de los dos árboles hasta el depósito de oro y de ahí, a las siete lámparas de aceite, la iglesia en la perfección. Esto explica la interpretación del ángel de la visión que tuvo el profeta, “No por fuerza ni por poder, sino por Mi Espíritu, dice el Señor”.

Hoy tenemos una iglesia que ha abandonado su fuente de aceite. Tenemos vírgenes necias que siguen los pasos de las iglesias de Apocalipsis capítulos dos y tres, cayendo de la sencillez de Cristo. ¡Estos mismos pecados con frecuencia se ven como virtudes en las iglesias! ¿Qué pecados? En Apocalipsis 1 y 2 leemos de falsos

apóstoles, que dejan a nuestro Primer Amor y nuestras primeras obras. También leemos de falsos profetas como Balaam, los del espíritu Nicolaíta que gobiernan sobre el pueblo de Dios, de la influencia seductora del espíritu de Jezabel con sus maestros falsos y sus espíritus seductores, jactándose de la vida real pero muertos de hecho espiritualmente, y de iglesias que entretienen a falsos judíos de la sinagoga de Satanás. Y por último, aunque no por ello de menor importancia, vemos el vasto mar de mediocridad llamado cristianismo tibio que se jacta en su riqueza y prosperidad, queriendo solo lo suficiente de Jesús para ser “salvos”, pero no lo suficiente como para convertirse en hijos de Dios. A éstos Jesús les dice, “Arrepentíos, no sea que vuestra lámpara os sea quitada”.

Como las iglesias necias, el típico miembro de la iglesia de hoy no parece saber a donde ir por aceite. Cuando vienen los problemas, hacen lo que siempre han hecho, correr en pos de otras vírgenes en busca de aceite.

En contraste rotundo con esto, tenemos a las vírgenes sabias que obtienen su aceite de la Fuente. Esperan en el Señor. Sus lámparas están alimentadas con el constante fluir que no depende de los sacerdotes y ministros de púlpito del templo de hoy. Su aceite baja por sus lámparas desde Jesús y Su Espíritu solamente. Están instalados en la Cabeza, el depósito de oro encima de las lámparas. Las lámparas que dependen de que venga el sacerdote o el ministro y las llene, se quedarán sin aceite pronto cuando llegue la hora de la oscuridad. Solo las vírgenes sabias lo conseguirán a lo largo de la noche oscura de la prueba que vendrá sobre toda la tierra, para ver la venida del Esposo.

El templo de Dios no está edificado de piedras y mortero por la habilidad e ingenuidad de hombres que estudian el crecimiento de iglesia. Es un templo edificado de piedras vivas por el Espíritu del Dios vivo. Jesús dijo, “edificaré mi iglesia”. Es ESTA iglesia y no otra la que permanecerá firme contra las puertas del infierno. Nuestro pasaje continúa: ¿Quién eres tú, oh gran monte? Delante de Zorobabel serás reducido a llanura; él sacará la primera piedra con aclamaciones de: Gracia, gracia a ella”.

Tenemos que aprender que nuestros mejores esfuerzos no son suficientemente buenos y nunca lo serán a los ojos de Dios. El aceite que necesitamos como *vírgenes prudentes* no procede de nuestros propios esfuerzos ni de los esfuerzos de otras vírgenes. Viene de la palabra del Señor, y del Espíritu de verdad. No es por fuerza ni por poder, sino por el Espíritu de Dios. Nuestras “Obras justas” pueden alcanzar el cielo como una gran montaña delante de Dios, pero todas se convertirán en nada ante los pies de Jesús, que es quien al final nos dirá, “¡Nunca os conocí, apartaos de mí, los que practicáis la maldad!”. Solo aquellos que conocen la cobertura de Jesús, los que Le conocen como la cabeza de ángulo, pueden apreciarle y clamar, “¡Gracia, Gracia maravillosa!”.

El Hijo, No la Ley

¿Cuál es nuestra parte? ¿Debemos contribuir algo ciertamente? Primero consideremos lo que no es nuestro papel. Hallamos varias pistas en el siguiente pasaje.

“Desde el lugar de su morada miró sobre todos los moradores de la tierra. El formó el corazón de todos ellos; Atento está a todas sus obras. El rey no se salva por la multitud del ejército, Ni escapa el valiente por la mucha fuerza. Vano para salvarse es el caballo; La grandeza de su fuerza a

nadie podrá librar. He aquí el ojo de Jehová sobre los que le temen, Sobre los que esperan en su misericordia” (Salmos 33:14-18).

“Así que no depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia.” (Romanos 9:16).

¡No tenemos nada de qué jactarnos porque toda la justicia es Suya! Solo hay UNO bueno. Solo UNO posee el poder para salvar en extremo. ÉL es nuestra santificación. Dios Le ha hecho nuestra redención, sabiduría, santificación y Justicia. Hasta la vida que ahora vivimos la vivimos por Su fe. Jesús viviendo en y por nosotros es nuestra única esperanza de gloria.

Pablo y Pedro, ambos estuvieron de acuerdo en que nadie puede guardar la ley de Moisés. Considerando esto hallamos un lenguaje muy extraño en el Sermón del Monte de Jesús. Parecía estar levantando el nivel de la justicia. Aumentó la carga de los que estaban engañados pensando que estaban satisfaciendo las exigencias de la ley por sus propios esfuerzos. Dijo, “Porque os digo que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos.” (Mateo 5:20). ¿Cómo podía esta nueva justicia superar a la de los escribas y fariseos? En otro lugar Jesús les dijo, “¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque limpiáis lo de fuera del vaso y del plato, pero por dentro estáis llenos de robo y de injusticia.” (Mateo 23:25). Cristo deja claro que nuestra justicia debe ir más allá de una mera justicia *externa*, hasta una justicia *interior*.

Jesús continuó cambiando la ley del homicidio:

“Oísteis que fue dicho a los antiguos: No matarás; y cualquiera que matare será culpable de juicio. Pero yo os digo que cualquiera que se enoje contra su hermano, será culpable de juicio”.

Siguió diciendo, **Oísteis** que fue dicho: No cometerás adulterio. **Pero yo os digo** que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón” (Mateo 5:27-28). ¡Es peor!

También fue dicho: Cualquiera que repudie a su mujer, dele carta de divorcio. **Pero yo os digo** que el que repudia a su mujer, a no ser por causa de fornicación, hace que ella adultere; y el que se casa con la repudiada, comete adulterio.

Oísteis que fue dicho: Ojo por ojo, y diente por diente. **Pero yo os digo:** No resistáis al que es malo; antes, a cualquiera que te hiera en la mejilla derecha, vuélvele también la otra; y al que quiera ponerte a pleito y quitarte la túnica, déjale también la capa; y a cualquiera que te obligue a llevar carga por una milla, ve con él dos. Al que te pida, dale; y al que quiera tomar de ti prestado, no se lo rehúses.

Oísteis que fue dicho: Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo. **Pero yo os digo:** Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen; para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos. Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen también lo mismo los publicanos? Y si saludáis a

vuestros hermanos solamente, ¿qué hacéis de más? ¿No hacen también así los gentiles? **Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto** . (Mateo 5:38-47)

Vamos a ver si podemos comprender lo que Jesús acaba de hacer. Jesús nos está mostrando que podemos guardar la letra de la ley y aún así, quedarnos cortos de la perfección de Dios. Guardar la ley no afecta a quién eres en lo más profundo de tu ser. Puede que nunca tengas una relación sexual con la esposa de tu prójimo e incluso que te sientas orgulloso de tu fidelidad, pero ¿Qué pasa con tus pensamientos? ¿Ha cambiado algo por dentro? Se necesita algo más que un mero guardar la ley con un sentido del deber. Jesús está diciendo que el cumplimiento externo de un estándar no es suficiente. ¿Qué mejor forma de hacer esto que levantar un estándar de justicia tan alto que solo Dios pueda guardarlo?

“Sed pues vosotros perfectos como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto.” Jesús ha levantado de hecho el estándar de la ley, para revelar que la conformidad a un estándar no satisface las justas demandas de Dios. El joven rico se marchó entristecido después de asegurar a Jesús que había guardado la ley perfectamente desde su juventud, a lo que Jesús añade, “Si quieres ser perfecto, vende todo lo que tienes”. Jesús siempre tiraba a degüello a la auto-justicia del hombre. Nuestra justicia tiene que ir más allá de la justicia *externa* o de ninguna manera podremos entrar en el reino de Dios.

Dios no está buscando gente buena que guarde la ley. Él quiere una creación enteramente nueva, nacida del último Adán, viviendo por el aliento de Su Espíritu, que está firme en esa bondad que procede solamente de Él. El primer Adán nunca se habría atrevido a estar delante de Dios y reclamar ninguna clase de bondad propia, y nosotros, criaturas del último Adán, no podemos jactarnos más de lo que pudo Adán. Somos hechura de Dios, creados para buenas obras en Cristo Jesús. Somos nuevas criaturas con nuevos deseos. “Porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale nada, ni la incircuncisión, sino una nueva creación” (Gálatas 6:15). En estilo dramático, Jesús estaba diciendo que nada por debajo de esta nueva creación podría estar ante la perfección de Dios.

La verdadera justicia tiene que venir del corazón. El que jamás ha tocado a la esposa de su prójimo puede haber cometido adulterio con ella, deseándola en lo más profundo de su ser. Y aún más, si de verdad ama a su prójimo, ni siquiera podría pensar en algo así.

La ley de Moisés demandaba justicia, “ojo por ojo, diente por diente”, pero la ley de Cristo nos dice que demos la otra mejilla cuando seamos golpeados, y que cedamos nuestro derecho legal e inalienable de justicia. Incluso Esteban el primer mártir, como su maestro, conoció el poder de una vida tal cuando oró por sus asesinos, “Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen.”

El fariseo podía pensar de sí mismo como alguien que amaba a su prójimo—pero a su enemigo, eso era una historia totalmente distinta. El hombre en su propia energía no puede ser perfecto como Dios es perfecto, que una vaca pueda volar. El estándar que Jesús presentó era más inalcanzable que la ley de Moisés. Tiene que haber un cambio radical de corazón y de administración interna. Hasta los profetas predijeron esta necesidad. Ezequiel profetizó, “Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de

carne. Pondré Mi Espíritu en vosotros y os haré caminar en Mis estatutos, y guardaréis mis mandamientos y los cumpliréis.” (Ezequiel 36:26,27).

Si ningún hombre puede guardar la ley, entonces ningún hombre puede verdaderamente amar a su prójimo como la ley define ese amor. Si verdaderamente no podemos amar a nuestro prójimo, entonces, ¿Cómo amaremos a nuestros enemigos? La verdad es que no podemos hacer nada y ése es exactamente el punto. Dios lo estaba dejando en evidencia al dar la ley y Jesús vino para dejarlo totalmente claro. Él dio el significado real a las palabras del profeta, y los que no las recibieron quedaron totalmente frustrados con Sus enseñanzas.

Lo que requiere el Padre es una transformación total, una nueva naturaleza, tener nuevos deseos y la gracia de Dios para vivirla. Cristo no había muerto aún. Por tanto, sus oídos no habían experimentado aún Su gracia redentora y Su poder para vivir por encima del pecado y de la ley—la morada del Espíritu Santo. La dispensación de la ley fue un tiempo en el que Dios requería Su perfección pero no daba la gracia para cumplirla. Fue un tiempo de enseñanza por parte de un ayo estricto y sin corazón. La lección que había que aprender era que todos somos pecadores y estamos destituidos de la perfección y gloria de Dios. No hay justo, ni aún uno.

Cristo murió para levantarnos por encima de la lucha por la justicia. Murió para darnos una nueva naturaleza igual a la Suya para que podamos responder como Él lo haría. No se trata de... “¿Qué es lo que haría Jesús?” sino de, “¡Mira lo que está haciendo Jesús en mí!” Si caminamos en el Espíritu no estamos bajo la ley. No debemos caer en el engaño de que podemos ganar el favor de Dios guardando la ley. Pablo escribió:

“Y tal confianza tenemos mediante Cristo para con Dios; no que seamos competentes por nosotros mismos para pensar algo como de nosotros mismos, sino que nuestra competencia proviene de Dios, el cual asimismo nos hizo ministros competentes de un nuevo pacto, no de la letra, sino del espíritu; porque la letra mata, mas el espíritu vivifica. Y si el ministerio de muerte grabado con letras en piedras fue con gloria, tanto que los hijos de Israel no pudieron fijar la vista en el rostro de Moisés a causa de la gloria de su rostro, la cual había de perecer, ¿cómo no será más bien con gloria el ministerio del espíritu? Porque si el ministerio de condenación fue con gloria, mucho más abundará en gloria el ministerio de justificación. Porque aun lo que fue glorioso, no es glorioso en este respecto, en comparación con la gloria más eminente.” (2ª Corintios 3:4 -10).

El conocimiento de que no hay nada bueno en nosotros que nos pudiera recomendar delante de Dios es donde comienza el quebrantamiento. Nadie clama por ayuda como el que se está ahogando. Cuando hemos batallado con todas nuestras fuerzas solo para caer por tercera vez, buscamos la intervención de un tercero. Entonces estamos preparados para recibir la ayuda que Dios extiende. Debemos entender que no hay justo ni aún uno delante de Dios y que Dios dio la ley y permitió la lucha por su cumplimiento para probar este mismo punto. “Porque Dios **sujetó** a todos en desobediencia, para tener misericordia de todos” (Romanos 11:32). ¿Cómo consiguió Dios esto? Hallamos la respuesta en Gálatas capítulo tres. “Pero antes que viniese la fe, estábamos confinados bajo la ley, encerrados para aquella fe que iba a ser revelada.” (Gálatas 3:23). Gloria a Dios, un Salvador nos ha librado de esta clase de muerte. Este es el llamado triunfante de Romanos capítulo ocho.

“Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu. Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte. Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne, para que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu. Porque los que son de la carne piensan en las cosas de la carne; pero los que son del Espíritu, en las cosas del Espíritu. Porque el ocuparse de la carne es muerte, pero el ocuparse del Espíritu es vida y paz. Por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden; y los que viven según la carne no pueden agradar a Dios. Más vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros. Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él. Pero si Cristo está en vosotros, el cuerpo en verdad está muerto a causa del pecado, mas el espíritu vive a causa de la justicia. Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros. Así que, hermanos, deudores somos, no a la carne, para que vivamos conforme a la carne; porque si vivís conforme a la carne, moriréis; mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis. Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios. Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre! El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios. Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados.” (Romanos 8:1-17)

Ahora no hay condenación (sentencia adversa) para los creyentes que pertenecen a Cristo Jesús. La palabra *condenación* es un término legal que se usa apropiadamente para describir un dilema legal. Habla de la condición y deficiencia puesta sobre los que se han propuesto ser justificados mediante el cumplimiento de una ley, sea de la clase que sea. Es una referencia a la maldición de la ley. Pero “el poder del Espíritu de vida te ha hecho libre por Cristo Jesús del poder del pecado que lleva a la muerte. Dios puso en marcha un **plan diferente** para salvarnos”. El plan de Dios es destruir el dominio del pecado sobre nosotros. Lo hizo mediante el sacrificio de Su Hijo. Jesús llevó plenamente el castigo por nuestros pecados, lo que satisfizo todos los requisitos de la ley. La ley decía, “si pecas, tienes que morir”. Jesús satisfizo nuestras exigencias legales muriendo nuestra muerte. Dios considera la muerte de Cristo como nuestra propia muerte, y por eso este es el fundamento legal por el que somos declarados inocentes y libres.

No hace mucho, en Inglaterra, los ricos podían contratar a muchachos para que sufrieran una paliza por un delito cometido por ellos y que el juzgado considerara digno de castigo. Estos muchachos fueron conocidos como “chicos del azote”. Esto es exactamente lo que Jesús hizo por nosotros. Se convirtió en el muchacho del azote para que nosotros pudiéramos ser hechos libres, y no para que pudiéramos cometer el mismo crimen una y otra vez impunemente, sino para que pudiéramos vivir libres de ese pecado en novedad de vida. Una cosa es ser libres de las consecuencias de nuestro pecado y otra enteramente distinta tener la gracia de Dios obrando en nosotros, liberándonos de la esclavitud de nuestra naturaleza de pecado. ¡Ésta es la vida de resurrección! Ésta es la vida en el Espíritu.

Los que tratan de venir a Dios por medio de la ley siguen aún bajo el control de su naturaleza de pecado, sin esperanza. Están confusos y frustrados. Puede que puedan vencer muchos pecados prohibidos externos, pero por cada uno de los que vencen,

surge una nueva forma dentro de ellos. Si antes asesinaban, ahora odian y desean que la gente muera. Si antes dormían con mujeres que no eran sus esposas, ahora arden en lascivia en su interior. El verdadero mal de una vida así es porque ya no hacen esas cosas en lo externo, juzgan a los que lo hacen, y así, se hacen culpables de las mismas cosas (lee Romanos 2:19). Dios no mira a lo externo cuando ve a un hombre, sino que mira al corazón. El verdadero daño al juzgarnos unos a otros, porque cortamos el fluir de la compasión que Dios tiene por el pecador, juzgándolos sin ver sus corazones. Podemos ser sepulcros blanqueados o podemos obedecer el llamado hacia arriba y convertirnos en hijos de Dios dadores de vida.

Los que son guiados por el Espíritu, en los que Cristo vive por la fe, se remontarán con alas de águila y desafiarán el empuje hacia abajo del pecado. La ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús los ha hecho libres de la ley del pecado y de la muerte. Cristo vive en ellos por el Espíritu de Dios, el mismo Espíritu que levantó a Jesús de los muertos. Y del mismo modo que levantó a Cristo de entre los muertos, Dios nos elevará por encima del dilema legal y moral del guardar la ley y del pecado. No tenemos que seguir sintiéndonos obligados por la persuasión de la naturaleza de pecado, ni por el gobierno de hombres que traten de mantenerlo en su lugar.

El único camino a la libertad de la naturaleza de pecado y de la ley es por medio del poder del Espíritu Santo, "Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios son los hijos de Dios". No somos esclavos asustados y cobardes sino hijos adoptados de Dios. Él ha enviado Su Espíritu que clama "Abba Padre" o "Padre, querido Padre" a nuestros corazones.

Pablo escribió:

"No debáis a nadie nada, sino el amaros unos a otros; porque el que ama al prójimo, ha cumplido la ley. Porque: No adulterarás, no matarás, no hurtarás, no dirás falso testimonio, no codiciarás, y cualquier otro mandamiento, en esta sentencia se resume: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. El amor no hace mal al prójimo; así que el cumplimiento de la ley es el amor." (Romanos 13:8-10).

El amor es el cumplimiento de la ley. La ley del amor es la ley más alta. Yo amo a mi prójimo por causa del nuevo corazón que hay en mí, que me ha sido dado por Dios. Yo no desearé a su esposa ni codiciaré ninguna de sus posesiones... Si amamos de verdad a la gente, deseamos lo mejor para ellos. Pondremos su bienestar por encima del nuestro. Jamás robaremos de ellos ni les dañaremos en modo alguno. Así que el amor satisface la deuda y la obligación de todas las exigencias de Dios.

¿Qué importancia tiene que contendamos por nuestra libertad de la ley? ¡Mucha! *Porque nadie jamás será salvo obedeciendo la ley.* Si intentamos regresar a la ley, nos hacemos culpables reedificando el antiguo sistema de méritos que Dios ya había descartado. Por Pablo escribió, "Cristo ES nuestra justicia. Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo, y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe." (Filipenses 3:8-9).

Hemos muerto a la ley, nuestro viejo marido, siendo crucificados con Cristo. Y si hemos hecho esto, ya no somos nosotros quienes vivimos, sino Cristo que vive en nosotros. Tenemos que tener cuidado de honrar el sacrificio de Cristo recibiendo Su gracia diariamente. No debemos tratar a la gracia de Dios como si no tuviera significado. Si estás intentado ser salvo guardando la ley, estás actuando como sino

hubiera necesidad de que Cristo muriera. Estás comportándote como si pudieras conseguirlo muy bien por ti mismo. Pedro no estaba viviendo de acuerdo con la verdad de las buenas noticias en Antioquía, al rehusar comer con los creyentes gentiles, pero tampoco lo está el que practica *adoración de la voluntad* y formas legalistas de “Cristianismo”.

Libertad en Cristo

Pablo escribió:

“Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres, y no estéis otra vez sujetos al yugo de esclavitud. He aquí, yo Pablo os digo que si os circuncidáis, de nada os aprovechará Cristo. **Y otra vez testifico a todo hombre que se circuncida, que está obligado a guardar toda la ley. De Cristo os desligasteis, los que por la ley os justificáis; de la gracia habéis caído.**” (Gálatas 5:1-4).

“Porque vosotros, hermanos, a libertad fuisteis llamados; solamente que no uséis la libertad como ocasión para la carne, sino servíos por amor los unos a los otros. Porque toda la ley en esta sola palabra se cumple: Amarás a tu prójimo como a ti mismo.” (Gálatas 5:13-14)

Que Dios nos libre a todos de la religión orientada al apaciguamiento, inhibidora de la gracia y cuyo fruto es la muerte. ¡Que seamos hallados en Cristo, sin tener nuestra propia justicia sino esa justicia que viene de Dios por la fe! Nadie puede jactarse en la presencia de Dios. Cristo “fue hecho justicia... para que como está escrito, “El que se gloríe, gloríese en el Señor” (Jeremías 9:24, 1ª Corintios 1:31).

Juan escribió

“Todo aquel que comete pecado, infringe también la ley; pues el pecado es infracción de la ley. Y sabéis que él apareció para quitar nuestros pecados, y no hay pecado en él. Todo aquel que permanece en él, no peca; todo aquel que peca, no le ha visto, ni le ha conocido. Hijitos, nadie os engañe; el que hace justicia es justo, como él es justo. El que practica el pecado es del diablo; porque el diablo peca desde el principio. Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo. Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios. En esto se manifiestan los hijos de Dios, y los hijos del diablo: todo aquel que no hace justicia, y que no ama a su hermano, no es de Dios.” (1ª Juan 3:4-10).

El verdadero cristiano no necesita una ley exterior. Es movido por una Vida interior— *la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús*. Dios desea verdad en lo íntimo, *Cristo en ti*.

Dios ha reservado el gobierno de la ley, el gobierno externo, para aquellos que no son guiados por Su Espíritu. “Pero si sois guiados por el Espíritu, no estáis bajo la ley”. (Gálatas 5:18). O bien vivimos por la Verdad interior de Dios, o estamos bajo la estrecha chaqueta de la ley.

La asamblea de los Gálatas comenzó en el Espíritu—dependiente de la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús. Los campeones de la ley conocidos como

judaizantes, los sedujeron para hacerles creer que tenían que cambiar esa libertad por la esclavitud de la letra. Pablo, que había vivido en el cuerpo de esa muerte en su juventud como fariseo, pudo ver claramente esa misma muerte obrando en ellos. Habían comenzado en el Espíritu, pero ahora intentaban alcanzar la perfección por el poder de la carne (lee Gálatas 3:3). El llamado de Pablo a ellos es crítico, puesto que es fundamental para la verdadera fe. Con esto en mente, consideremos cuidadosamente la siguiente pregunta. “Por tanto, el que os da [Tiempo presente] el Espíritu y obra milagros [continuamente] entre vosotros, ¿lo hace por las **obras de la ley** o por el **oír con fe**?”

Abraham “creyó en Dios y le fue contado por justicia” (Gálatas 3:5-6).

La fe de Abraham se basaba en el oír de la fe. Tenemos la tendencia a creer, debido a años de condicionamiento evangélico, que el oír de la fe viene mediante la lectura de la Biblia. Durante años, los cristianos se han sentado pasivamente en los bancos de las iglesias escuchando decir a los predicadores de la Biblia, “La fe viene por el oír y el oír la Palabra de Dios”. Leer la Biblia es maravilloso, pero éste no es el *oír de fe* porque Abraham no tenía Biblia. Entonces, ¿A qué se refiere? La respuesta la hallamos en el pasaje de arriba. El oír de fe viene mediante la unión con Él, que da el Espíritu y obra en medio de vosotros. Cuando Abraham creyó en Dios, no estaba leyendo la Biblia sino *escuchando* a Dios por el Espíritu. Creyó lo que escuchó y le fue tenido por justicia, no por obras, sino por la fe. El hombre religioso lucha para completar por sus propios esfuerzos lo que fue comenzado por Dios. Fue a los tales a quienes dirigió el juramento, “Juro en mi ira que no entrarán en mi reposo”.

Entrar en el reposo de Dios

Adán tenía una relación establecida con Dios y había estado haciendo cosas maravillosas, sobrehumanas, *con* Él antes de que Eva fuera creada. Había dado nombre a todos los animales, considerado a cada uno de ellos como una ayuda posible y ¡preparado un jardín del tamaño de Irak! Adán hizo todas estas cosas estando en el reposo del Padre porque nada lo hizo desde su propia carne. Adán vivió completamente en el reposo y provisión de Dios. Descansó en las obras acabadas de Dios que habían sido “consumadas desde antes de la fundación del mundo”. (Hebreos 4:3). Fue después de un tiempo (tal y como lo entendemos nosotros) que fue puesto en un profundo sueño por Dios, y que de su propio cuerpo Dios sacó para él una *ayuda idónea* digna de él, una esposa para Adán a quien él llamó Eva.

Dios les dio una advertencia que si ignoraban, sometería a la humanidad a un proceso de envejecimiento, corrupción y muerte. En Génesis leemos:

“Y mandó Jehová Dios al hombre, diciendo: De todo árbol del huerto podrás comer; mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás.”
Génesis 2:16-17

De este versículo, Adán Clarke escribe:

Ciertamente morirás *twmt twm moth tamuth*; literalmente dice, una muerte morirás. O, **muriendo, morirás**. No solo morirás espiritualmente, perdiendo la vida de Dios, sino que desde ese instante serás mortal y seguirás estando en un estado de muerte hasta que mueras.

Muriendo morirás—literalmente, “comenzarás a morir hasta que mueras”. El reloj comenzó a marcar las horas en el instante en que Eva tomó el primer bocado del fruto prohibido. ¿Cuánto tiempo supones que Adán habría vivido libre de enfermedad, dolor y muerte antes de que él desobedeciera la advertencia de Dios? Leemos esto como si Dios hubiera hecho a Adán y Eva un día, y al siguiente, paseando por el huerto, se cruzaran con el árbol con la serpiente en él. Fueron convencidos de que el camino de la serpiente era mejor que la vida que Dios les había dado y fueron arrojados del huerto.

¿Has visto como Dios puede estar en todas partes al mismo tiempo? ¿Es posible que para Él no existiera tal cosa como *el tiempo*? Si Él esta fuera del tiempo y no sujeto al tiempo, puesto que esto es parte de Su creación, entonces sería algo irrelevante para Él poder estar en todas partes *al mismo tiempo*. ¿Es por esto que cuando Moisés le preguntó por Su nombre, le dijera que era *Yo Soy*? ¿Por qué *Yo Soy*, y no *Yo seré* o *Yo fui*? ¡Dios mora en el AHORA eterno! ¿Es posible que esta fuera la misma naturaleza de Dios con la que Adán y Eva fueron creados en perfección, y de la que Dios dijo, “es bueno”? Nunca habían estado en conflicto con el fluir de los propósitos de Dios. Nunca corrían por delante ni tampoco se quedaban atrás; eran uno con Él y eso era bueno a los ojos de Dios.

En lo que respecta a Adán y Eva, antes de la caída no existía el tiempo—no existía el envejecimiento. Estaban en un estado constante de reposo espiritual y bienestar. No trabajaban ni daban vueltas. No conocían la ansiedad ni la escasez. Su existencia entera estaba llena de vida y de luz. No había preocupaciones sobre lo que comerían o lo que vestirían. Vivieron en la constante provisión de su Creador. Él era la cobertura de ellos. El huerto del Edén estaba lleno de árboles que daban alimento. Vivían y se sostenían de “las obras terminadas desde antes de la fundación del mundo.” Su vida era una vida de fe en su amoroso Padre. Pero tras ceder a los engaños del que había sido *mentiroso y homicida desde el principio*, sucedieron una serie de eventos que pusieron en caos a toda la creación, gimiendo por la esperanza de un día de liberación. Pablo escribió:

“Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron. Pues antes de la ley, había pecado en el mundo; pero donde no hay ley, no se inculpa de pecado. No obstante, reinó la muerte desde Adán hasta Moisés, aun en los que no pecaron a la manera de la trasgresión de Adán, el cual es figura del que había de venir.” (Romanos 5:12-14).

En su libro, “Siéntate, Camina, Ponte en pie”, Watchman Nee escribió:

Se nos dice que Adán fue creado el sexto día. Entonces está claro que él no participó en la obra de los seis primeros días, puesto que fue creado después. De hecho, el séptimo día de Dios fue el primero de Adán. Aunque Dios trabajó seis días y luego disfrutó de su descanso de sabbath, Adán comenzó su día con el sabbath; Porque Dios trabaja antes de reposar, mientras que el hombre primero tiene que entrar en el reposo de Dios y solo entonces podrá trabajar. Además, por haber sido terminada completamente la obra de creación de Dios, la vida de Adán pudo comenzar con el reposo. Y aquí está el Evangelio: que Dios ha dado un paso más adelante y ha completado también la obra de la redención y que no necesitamos hacer nada para merecerla, sino que

podemos entrar directamente por la fe en todos los valores de Su obra consumada.

En Cristo, Dios estaba otra vez trabajando y creando de nuevo. Del mismo modo que Jesús fue el Principal Promotor de la primera creación, así también es Él el primogénito de la nueva humanidad, muchos hijos para la gloria. “Todas las cosas fueron hechas por Él; y sin Él nada de lo que hay fue hecho” (Juan 1:3). Jesús, el Último Adán, fue enviado para trabajar y restaurar al hombre a su estado previo, una nueva creación en el Padre. En el ministerio terrenal de Cristo vemos un paralelismo con los seis días de la creación, el surgimiento de una nueva humanidad que antaño estuvo a tono con el fluir de vida de Su Padre. “De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es, las cosas viejas pasaron, he aquí, todas son hechas nuevas”. (2ª Corintios 5:17). “Porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale nada, ni la incircuncisión, sino una nueva creación.” (Gálatas 6:15). Como Adán, que creemos que somos una nueva humanidad, una nueva raza, nacidos al reposo-sabbath del Padre. No hablamos del Sabbath como de un “día” literal, sino como una realidad intemporal a la que somos llamados a vivir por la eternidad.

El hombre no puede vivir esa vida para la que Dios le creó sin la presencia permanente de su creador, como tampoco el pez puede vivir fuera del agua. Luchará y se inclinará, vulnerable y jadeando por vivir en este entorno extraño del tiempo, para finalmente, golpeado por el tiempo y la gravedad, volver a la tierra de la que salió. El hombre no fue hecho para vivir en el tiempo, gobernado por el reloj y el calendario. Desde la caída, ha estado intentado batir el efecto del tiempo y derrotar la enfermedad y el envejecimiento traídos por el pecado, por medio de sus propios esfuerzos. Con cada “cura” vienen efectos secundarios y cada invención prohíbe aún más su regreso a Edén, terminando usándose como una nueva arma mortal o instrumento de esclavitud en manos de alguien. Llega hasta a abortar bebés sanos completamente formados al nacer, para poder robar la masa de su tronco cerebral en un esfuerzo por derrotar la maldición del envejecimiento y la enfermedad. Con el fin de salvar su propia vida centrada en sí, lleva la muerte hasta un nuevo nivel, el holocausto de los no nacidos. ¿Como podemos estar tan ciegos a nuestro estado decadente y caído y no sentir repulsa ante tal pecado, y llegar así al arrepentimiento? Es como si el alma del hombre, el ser centrado en sí mismo, no conozca límite en su espiral hacia el abismo.

Es importante que entendamos lo que hemos perdido como hombres caídos. Todos los pensamientos del hombre natural se centran en una sola cosa, ¡HACER! La nueva creación de Dios está en línea con un pensamiento, “consumado es”. Tal y como Jesús, el Hijo modelo, lo expresa, “Cuando hayáis levantado al Hijo del Hombre, entonces conoceréis que yo soy, y que nada hago por mí mismo, sino que según me enseñó el Padre, así hablo. Porque el que me envió, conmigo está; no me ha dejado solo el Padre, porque yo hago siempre lo que le agrada.” (Juan 8:28-29).

Quedar atrapado en obras auto-generadas y otros logros es resultado directo de comer del árbol prohibido. “Si coméis de este árbol, seréis como Dios, conociendo el bien y el mal.” Nuestro deseo de independencia del Principal Promotor del universo para convertirnos nosotros mismos en nuestro propio principal promotor es algo que está en el primer pensamiento cuando nos levantamos. ¿Estamos satisfechos con esa semejanza a Dios que es resultado directo de Su obra creativa? El salmista escribió, “En cuanto a mí, veré tu rostro en justicia; Estaré satisfecho cuando despierte a tu semejanza.” (Salmos 17:15). ¿Es eso suficiente? ¿O queremos ser *como* Dios, igual a Él, escogiendo y haciendo por nosotros mismos—hecho por nosotros, autosuficientes? En el primer caso moramos en Su reposo mientras Él crea, descansando y

despertando a Su semejanza. En el segundo, competimos con Él y tratamos de tomar Su lugar, que es la esencia misma del espíritu del anticristo.

“Doy gracias a Dios por Jesucristo...”

Así pues, ¿Dónde está nuestra esperanza? ¿Estamos destinados a seguir degradándonos en cuerpo y alma, cayendo cada vez en profundidades mayores de separación de nuestro justo Creador? ¡Mil veces NO! Del mismo modo que el pecado, la enfermedad, el envejecimiento y la muerte entraron por Adán y Eva, así también LA VIDA entró en la ecuación humana por el Último Adán.

Lee detenidamente este pasaje de la carta de Pablo a iglesia de Corinto:

“Así también es la resurrección de los muertos. Se siembra en corrupción, resucitará en incorrupción. Se siembra en deshonra, resucitará en gloria; se siembra en debilidad, resucitará en poder. Se siembra cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual. Hay cuerpo animal, y hay cuerpo espiritual. Así también está escrito: Fue hecho el primer hombre Adán alma viviente; el postrer Adán, espíritu vivificante. Mas lo espiritual no es primero, sino lo animal; luego lo espiritual. El primer hombre es de la tierra, terrenal; el segundo hombre, que es el Señor, es del cielo. Cual el terrenal, tales también los terrenales; y cual el celestial, tales también los celestiales. Y así como hemos traído la imagen del terrenal, traeremos también la imagen del celestial. Pero esto digo, hermanos: que la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios, ni la corrupción hereda la incorrupción. He aquí, os digo un misterio: No todos dormiremos; pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados. Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad. Y cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte en victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria? ya que el aguijón de la muerte es el pecado, y el poder del pecado, la ley. Mas gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo.” (1ª Corintios 15:42-57).

Aquí leemos que el viejo hombre, corruptible, debe vestirse de incorrupción, y esto mediante la permanencia en la obra consumada del Segundo Adán, el Cristo resucitado. Él ha hecho toda provisión necesaria para que nosotros nos levantemos de nuestro estado caído. Si, por la salvación de Jesús, nos revestiremos de cuerpos espirituales nuevos para vivir en ese mundo espiritual llamado *cielo*. Pero eso no es todo. ¡También ha preparado el camino para que vivamos en perfecta comunión con nuestro Padre y creador mientras estemos en esta tierra! *Ahora* es cuando entramos en la vida eterna—no limitada por el tiempo.

Jesús dijo, “El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero.” (Juan 6:54). Fíjate en el tiempo presente, *tiene*. Luego siguió diciendo: “Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano.” (Juan 10:27-28). La maldición se rompe al permanecer en Cristo, el Último Adán, el Espíritu vivificante, como nuestra vida. Los que creemos en Él nunca moriremos. Simplemente

nos vamos despojando de este cuerpo natural sujeto a la corrupción y avanzamos hacia un cuerpo eterno adecuado para nuestras almas regeneradas para el resto de la eternidad.

Trabajad para entrar en el reposo

Consideremos detenidamente este pasaje que incluye una advertencia terrible a todos los creyentes.

“Entre tanto que se dice: Si oyereis hoy su voz, No endurezcáis vuestros corazones, como en la provocación. ¿Quiénes fueron los que, habiendo oído, le provocaron? ¿No fueron todos los que salieron de Egipto por mano de Moisés? ¿Y con quiénes estuvo él disgustado cuarenta años? ¿No fue con los que pecaron, cuyos cuerpos cayeron en el desierto? ¿Y a quiénes juró que no entrarían en su reposo, sino a aquellos que desobedecieron? Y vemos que no pudieron entrar a causa de incredulidad. Temamos, pues, no sea que permaneciendo aún la promesa de entrar en su reposo, alguno de vosotros parezca no haberlo alcanzado. Porque también a nosotros se nos ha anunciado la buena nueva como a ellos; pero no les aprovechó el oír la palabra, por no ir acompañada de fe en los que la oyeron. **Pero los que hemos creído entramos en el reposo**, de la manera que dijo: Por tanto, juré en mi ira, no entrarán en mi reposo; aunque las obras suyas estaban acabadas desde la fundación del mundo. Porque en cierto lugar dijo así del séptimo día: Y reposó Dios de todas sus obras en el séptimo día. Y otra vez aquí: No entrarán en mi reposo. Por lo tanto, puesto que falta que algunos entren en él, y aquellos a quienes primero se les anunció la buena nueva no entraron por causa de desobediencia.” (Hebreos 3:15:4-6).

Hemos mencionado anteriormente que Dios no está atado por el tiempo y que los efectos del tiempo llegaron por causa de la caída de Adán y Eva. Dios mora en el eterno *ahora* e invita al hombre a unirse a Él ahí. En su estado caído, el hombre es empujado a crear y luchar, a hacer la vista gorda y conspirar, a dejar su marca sobre la tierra. En su búsqueda de la inmortalidad, quiere dejar un legado por el que ser recordado. Para este hombre no hay reposo porque no conoce la vida eterna. Todo comenzó en el huerto de Dios, “Si coméis de este árbol, seréis *como* (independientes de) Dios, conociendo el bien y el mal”. Vieron que el árbol podía hacerlos sabios y les permitiría independizarse de su Padre en cuanto a recibir dirección.

El hombre religioso es empujado a juzgar lo bueno y lo malo en las vidas de todos los que le rodean. Insiste en conocer a todos los hombres según la carne. Siempre está acusando o excusándose a sí mismo y a los demás (Romanos 2:15) como si fuera el Dios que juzga a los vivos y los muertos (2ª Timoteo 4:1). Siempre está intentando ordenar su entorno en un esfuerzo continuo de crear la armonía del Edén de Dios. Consecuentemente su vida está llena de trabajo y de lucha. Sus mejores esfuerzos para hacer el cielo aquí en la tierra siempre se convierten en un infierno viviente. Desde Agustín hasta Calvino, hasta el día de hoy, los que luchan por recrear “La Ciudad de Dios” establecieron el escenario para una tiranía y brutalidad impensables. Agustín tuvo que confesar, “*la ciudad celestial (Roma), aunque debiera ser la señora de las naciones, es de por sí gobernada por su lascivia de gobierno*”.

Todos sus mejores deseos no pueden levantarse por encima de su propio corazón caído y corrupto. La respuesta de Dios no está en más hacer, sino en reposar. El cielo en la tierra solo se encuentra cuando entramos en el reposo de

Dios. Pero, ¿Qué dice el escritor de Hebreos, “procuremos, pues, entrar en Su reposo”? ¿Trabajar para reposar? No es esto un oxímoron? ¿No están nuestras vidas ya bien llenas de trabajo tal y como están?

Nos referimos de nuevo a la historia en Génesis sobre un hombre llamado Jacob. Este hombre era un inquebrantado conspirador, edificador, sacudidor y movedor. Primero conspira para quitar la primogenitura y la herencia a su hermano mayor, y con la ayuda de su madre, consigue todo ello. Pero como resultado, tiene que huir por su vida porque su hermano Esaú era “un hombre de un hombre” y estaba lo suficientemente furioso como para matarlo.

Así que Jacob se encaminó al pueblo de su tío Labán en Babilonia. Ahí conoció a su cónyuge. Labán era astuto y engañó a Jacob para que trabajara para él entre sus rebaños durante veinte y un años, cuando lo único que Jacob quería era casarse con una de las hijas de Labán. Vayamos al corazón de esta historia.

Jacob finalmente se puso en marcha hacia su hogar con sus dos esposas, numerosos hijos y rebaños y pastores, solo para descubrir que su hermano Esaú venía a su encuentro con 400 hombres armados. No hay que preocuparse. Jacob, el que suplanta y mina, dispone de sus propias fuentes. Una vez más pone su mente conspiradora para comprar su salida de los problemas. No conocía el reposo. Ordenó y equilibró su universo interminablemente. Justo cuando comenzaba a tenerlo todo bajo control, el problema llamó a su puerta. “Entonces Jacob tuvo gran temor, y se angustió; y distribuyó el pueblo que tenía consigo, y las ovejas y las vacas y los camellos, en dos campamentos. Y dijo: Si viene Esaú contra un campamento y lo ataca, el otro campamento escapará. Pasad delante de mí, y poned espacio entre manada y manada.” Y mandó al primero, diciendo: Si Esaú mi hermano te encontrare, y te preguntare, diciendo: ¿De quién eres? ¿y adónde vas? ¿y para quién es esto que llevas delante de ti? entonces dirás: Es un presente de tu siervo Jacob, que envía a mi señor Esaú; y he aquí también él viene tras nosotros. Y diréis también: He aquí tu siervo Jacob viene tras nosotros. Porque dijo: Apaciguaré su ira con el presente que va delante de mí, y después veré su rostro; quizá le seré acepto.” (Génesis 32:7,8,17,18,20).

A su manera cobarde y aprovechada, Jacob envió a sus pastores y rebaños por delante en olas sucesivas, tratando de apagar la ira del hermano al que había defraudado 21 años antes. Pero le vino la palabra de que Esaú no iba a ser apaciguado tan fácilmente. Esaú y sus ejércitos se acercaban aún. Conspirando aún, Jacob dividió a sus esposas e hijos en grupos. Génesis no dice esto pero podemos verle planificando enviar a sus concubinas y a Lea, su esposa menos favorecida y a sus hijos, para tener el primer encuentro con Esaú. Raquel, su amada esposa y sus hijos, directamente delante de él.

Pero algo sucedió a Jacob. Tuvo un encuentro con el Dios viviente. ¿Qué hizo entonces? Fiel a las formas, agarró al ángel del Señor y luchó con él toda la noche. Incluso entonces tomó el asunto en sus propias manos rehusando ceder a lo largo de toda la noche, demandando una bendición. Este hombre estaba tan desesperado por salvar su pellejo. Así que Dios bendijo a Jacob. ¡Lo dejó cojo para el resto de su vida! ¡Qué bendición!

Hasta entonces, había podido ser su propio Dios, dependiendo de su propia mente y de su propia fuerza para solucionar cualquier enredo en el que se hubiera metido. Pero no por más tiempo, porque ahora leemos de un hombre diferente con un corazón diferente. Por la mañana Jacob anduvo cojeando. En lugar de enviar a la mujer y a los

hijos por delante de él, hacia el arroyo con el fin de apaciguar el deseo de guerra de su hermano y sus compinches, Jacob fue al arroyo para enfrentarse a la música que había delante de ellos.

¿Cuál fue el resultado? ¿Se cargó Esaú de un golpe a su hermano cojo? No. Cayeron el uno en los brazos del otro y se besaron. Esaú no estaba ahí para matar a su hermano sino para amarlo. Él que Jacob llamaba “Mi señor Esaú” solo quería recuperar a su hermano. Finalmente Jacob había entrado en el reposo de Dios. Tanta obra, siempre tratando de evitar lo inevitable, siempre intentando evitar comprometerse, pero ahora vemos a un hombre que vive el resto de su vida sujeto a lo que Dios planea para él.

Dios nos va dejar luchar y esforzarnos por salvarnos a nosotros mismos, por edificar nuestros reinos, pero al final, si realmente somos Suyos, nos tocará en nuestro muslo, nos debilitará y nos llevará al lugar de Su misericordia. Él no va a permitir dioses extraños delante de Él. Él no quiere nuestro trabajo, lo que podemos hacer por Él o darle a Él. *¡El sólo nos quiere a nosotros!* Él quiere echarse a nuestro cuello, besarnos y sostenernos en Sus brazos, y amarnos. Este proceso de llegar al final de nosotros mismos y finalmente entregarnos a Él en completa entrega es a lo que Él se refiere por “procuremos, pues, entrar en aquel reposo”.

Para participar de las obras que Dios pre-ordenó antes de la fundación del mundo y recibir los beneficios de la obra terminada de Cristo, primero tienes que cesar de tu propia obra. El proverbio africano, “*Señor Jesús, haz que mi corazón se siente*”, debería ser nuestra oración constante. ¡Señor, haz que mi corazón cese en su conspirar! ¡Haz que mi corazón se siente! Deja que mi corazón repose solo en Ti y no en un intelecto indómito y emprendedor! No sea yo como Israel, de quien dijiste, “Vuestra salvación os exige que os volváis a Mí y dejéis vuestros necios esfuerzos por salvaros a vosotros mismos. Vuestra fortaleza vendrá de estableceros en una dependencia completa de Mí—exactamente aquello que no habéis estado dispuestos a hacer... Habéis dicho, ¡Ni hablar! ¡Cabalgaremos! De acuerdo, ¡Cabalgaréis! Solo que no lo bastante. Habéis dicho, ¡Cabalgaremos sobre caballos veloces! ¿Creéis que vuestros perseguidores montan viejos jamelgos? Pensadlo de nuevo: Mil de entre vosotros serán dispersados delante de un solo atacante. Ante cinco solamente, todos vosotros habréis huido. No quedará nada de vosotros—un poste en la colina sin estandarte, un poste junto con al camino con el estandarte rasgado”. Pero Dios no ha terminado. Está esperando para mostrar Su gracia para contigo. Está reuniendo fuerzas para mostrarte misericordia. DIOS se toma el tiempo de hacerlo todo bien—todo. Los que esperan a su alrededor son los que tienen suerte.” (Isaías 30:15-18).

Somos salvos cuando volvemos a Dios y descansamos en Él. En quietud y en confianza somos hechos fuertes. Esto es ajeno al Jacob que hay en el hombre. El hombre religioso ama huir—sobre el corcel ligero de la religiosidad—tratando de esquivar toda posible amenaza. ¡Corre, jinete, corre! El Señor está esperando. El espera hasta que nuestros perseguidores nos agoten, nuestros caballos se colapsen debajo de nosotros o recibamos una visión cegadora de Cristo que nos haga colgar las espuelas. Dios espera que regresemos, descansemos y esperemos tranquilamente en Él. “Bienaventurados (felices, afortunados, a ser envidiados) todos los que Le esperan (ansiosamente), los que Le anhelan, Le buscan y Le desean (Su victoria, Su favor, Su amor, Su paz, Su gozo y Su inquebrantable compañía sin par)” (Isaías 30:18). Él espera que asumamos esa postura que David describe en Sus Salmos graduales. “Dios, no estoy intentando gobernar al gallo, no quiero ser rey de la montaña, No me he metido en lo que no me importa ni he fantaseado con grandes planes. He mantenido mis pies sobre la tierra. He cultivado un corazón quieto. Como un bebé

satisfecho en brazos de su madre, mi alma es como un bebé satisfecho. Espera, Israel, en DIOS. Espera con esperanza. Espera ahora, ¡Espera siempre!” (Salmos 131:1.3 parafraseado).

Nuestros corazones deben asentarse y reposar completamente en la elección de Dios. No escogimos a Cristo sino que Él nos escogió a nosotros y nos predestinó para ir y llevar fruto. Cuando llegamos a ver que Él nos escogió antes de la fundación del mundo, antes de que hubiéramos hecho nada bueno ni malo, noble o innoble, entonces nuestros corazones se asientan. ¡Qué misterio! Dios nos escogió antes de la fundación del mundo (Efesios 1:4-5) Dios dijo a Jeremías, “Antes que te formase en el vientre te conocí, y antes que nacieses te santifiqué, te di por profeta a las naciones.” (Jeremías 1:5). Si perteneces a Cristo, Dios te conoció y te llamó ANTES. Incluso las obras que Él te ha llamado a hacer fueron “pre-ordenadas” (lee Efesios 2:10). Nada queda a nuestra discreción. Entramos en el reposo de Dios cuando cesamos de nuestras propias obras y nos entregamos al llamado que Dios preordenó para nuestras vidas.

El autor de Hebreos escribió del delicado equilibrio entre las obras y el reposo:

Pero los que hemos creído entramos en el reposo, de la manera que dijo: Por tanto, juré en mi ira, No entrarán en mi reposo; aunque las obras tuyas estaban acabadas desde la fundación del mundo. Porque en cierto lugar dijo así del séptimo día: Y reposó Dios de todas sus obras en el séptimo día. Y otra vez aquí: No entrarán en mi reposo. (Hebreos 4:3-5).

Vincent hace el siguiente comentario:

El reposo de sabbath apunta hacia el reposo original de Dios y marca el descanso ideal—el descanso del ajuste perfecto de todas las cosas a Dios, como siguió a la consumación de su obra creativa cuando pronunció todas las cosas como buenas. Esto encaja con el pensamiento raíz de la Epístola, la restauración de todas las cosas al arquetipo de Dios.

“Dios vio que era bueno” y “consumado es” son dos aspectos de la misma moneda. Dios obra donde escasea Su *bondad*. No descansará hasta que toda área de nuestra vida refleje Su obra y justicia. Seguiremos en el día sexto, trabajando en nuestras fuerzas hasta que descansemos en la obra consumada de Dios, acabada *desde la fundación del mundo*.

La *palabra* trabajo implica una labor inacabada. La palabra *reposo* habla de cese de trabajo. Todo está acabado. En el capítulo diecisiete de Juan, Jesús oró, “Te he glorificado en la tierra, he acabado la obra que me diste que hiciese”. Ahora, Padre, glorifícame Tú con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese (Juan 17:4-5).

Pedro escribió, “Como **todas las cosas** que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder, mediante el conocimiento de aquel que nos llamó por su gloria y excelencia...” (2ª Pedro 1:3).

Solo si entras en las obras que fueron acabadas desde la fundación del mundo podrías conocer el reposo de Dios en el día séptimo. En el capítulo titulado “LO nuevo que es viejo” del excelente libro, *Las Reacciones de Dios a las deserciones de los hombres*, T.A. Sparks escribió:

Lo que desde el punto de vista del hombre ha sido siempre lo nuevo de Dios, desde Su propia perspectiva no ha sido nuevo en absoluto. “El Señor hace conocer todo esto desde tiempos antiguos” (Hechos 15:18). “Las obras tuyas estaban acabadas desde la fundación del mundo.” (Hebreos 4:3). En todas sus frescas revelaciones y actividades, Dios está obrando hacia atrás hacia una posición y diseño originales. Dios nunca abandona su premisa original... Dios tiene ante Él todo el tiempo la obra terminada y completada, y sabe exactamente en detalle lo que quiere. Debe tenerlo y lo tendrá. No se le puede negar eso y nunca se rendirá o tomará menos. Cuando haya un desvío o una escasez de lo mismo, habrá una reacción divina...

¿Cuál ha sido nuestra parte en todo esto? ¿Quién hace la obra? El Espíritu Santo obra AHORA para llevar todas las cosas a conformidad con la posición original de Dios, Su premisa y diseño. Nuestra parte es ser dirigidos por y entregados al Espíritu, permitiendo Su obra transformadora dentro de nosotros (lee Romanos 8:14). La obra es hecha por y a través del Espíritu. Pablo lo expresa así, “Pues nosotros por el Espíritu aguardamos por fe la esperanza de la justicia” (Gálatas 5:5). Aquí vemos que es por el Espíritu que esperamos ansiosamente en fe el cumplimiento completo de la justicia. Esperamos porque ésta es la obra del Espíritu. Los judaizantes ponían su fe y esperanza en la actividad carnal y en las ordenanzas—circuncisión, observancia de la ley y toda una multitud de otros rituales, demasiado numerosos para mencionarlos aquí. Pablo argumenta a favor del respeto a la obra del Espíritu. Esperamos en fe que el Espíritu Santo de Dios gire y de a luz a las cosas preparatorias para el cumplimiento pleno de la justicia. Hasta que no cesemos de nuestros esfuerzos carnales no podremos conocer la fe y la esperanza de que habló Pablo, porque es una obra del Espíritu. Recuerda, “Somos nosotros [creyentes verdaderos], y no ellos [los judaizantes esforzándose en la perversión del Evangelio] quienes hemos recibido la verdadera circuncisión, porque adoramos a Dios **por Su Espíritu** y nos gozamos en nuestra vida de unión con Cristo Jesús. No ponemos ninguna confianza en ceremonias externas” (Filipenses 3:3, *énfasis en corchetes nuestro*).

El hombre está obsesionado en perfeccionar la perfección—en crear lo nuevo y mejorado. Incluso intenta mejorar la obra consumada de Cristo. Los que vais a entrar en el reposo de Dios primero tenéis que cesar de vuestras propias obras. El reposo es el fin del trabajo. La religión está preocupada con hacer. “Tienes que dejar esto y comenzar a hacer eso, evitar a esos y asociarte con estos...” Si te involucras en tal auto-mejora, no puedes entrar en la obra terminada de Dios porque estarás resistiendo Su hechura en tu vida por medio de tus *propias* obras. ¡Las obras *fueron terminadas* (tiempo pasado) *desde la fundación del mundo!* Juan escribió del Logos, “Todas las cosas fueron hechas por Él. Sin Él, nada de lo que hay fue hecho” (Juan 1:3) ¿Cómo podemos añadir algo a eso?

Tenemos la tendencia a ver la muerte de Cristo en la cruz como una redención del último momento, un añadido que no estaba incluido en el plan original de Dios, una clase de medida de recurso provisional por causa de la caída de Adán. Luego leemos, “Y la adoraron todos los moradores de la tierra cuyos nombres no estaban escritos en el libro de la vida del Cordero que fue inmolado desde el principio del mundo” (Apocalipsis 13:8). ¡Está acabado! Estos pensamientos y eventos fueron todos incluidos en el consejo de Dios cuando dijo, “Hagamos al hombre a NUESTRA imagen y a NUESTRA semejanza.” ¡Las obras del Padre están completas y son muy buenas! ¡Todo lo que pertenece a la vida y a la piedad es nuestro si solo dejamos de intentarlo por nosotros mismos y en fe, abrazamos las obras que fueron acabadas desde la fundación del mundo y luego dejamos que el Espíritu nos lleve a su realización plena!

El principio de la vida en Cristo

Jesús vino como una demostración viviente de otro principio (o *Logos*) de *vida*, uno que *dio* vida y auténtico cambio espiritual en las vidas de cientos a los que Él tocó. “Un filósofo griego llamado Heráclito uso por primera vez el término *Logos* alrededor del 600 A.C. para designar la razón divina o plan que coordina a un universo cambiante. Esta palabra encajaba muy bien en el propósito de Juan en Juan 1” (Enhanced Strong’s Lexicon). La palabra griega *Logos* podría corregirse más correctamente como *razón* o *lógica*. Jesús es la lógica de Dios. Sus caminos no fueron ni son los caminos del hombre natural.

Toma el ejemplo de los fariseos que arrastraban ante Jesús a la mujer que había sido atrapada en el mismo acto de adulterio. Tenían un complot doble. Primero planearon imponer bondad sobre este pecador y otros como ella matándola por quebrantar la ley. También tramaron en contra de Jesús intentado conseguir que se convirtiera en cómplice del asesinato o que la excusara por causa de su compasión por los perdidos. Si condonaba el crimen, también estarían justificados para apedrearle también a Él.

La vida de Jesús fue una demostración continua de Vida. Su respuesta a los líderes judíos no solo salvó la vida de esta mujer sino que expuso el pecado que acechaba en sus propias almas entenebrecidas. Cuando dijo, “El que no tenga pecado que tire la primera piedra”, los forzó a mirar a sus propios corazones malignos. Pablo escribió, “Por lo cual eres inexcusable, oh hombre, quienquiera que seas tú que juzgas; pues en lo que juzgas a otro, te condenas a ti mismo; porque tú que juzgas haces lo mismo.” (Romanos 2:1). Cuando somos juiciosos y nos enfadamos en contra de los que cometen un pecado en particular, podemos estar seguros de que ese mismo pecado está acechando en la oscuridad de nuestro interior, y que aún no ha sido expuesto a la luz sanadora de Dios. Es este pecado en el interior lo que encontramos más repulsivo.

Después del desafío de las palabras de Jesús, todos los auto-justos se apresuraron hacia sus casas. Entonces Él le dijo: Mujer, “¿Dónde están tus acusadores? ¿Ninguno te condenó?” Ella dijo, “no, ni uno, Señor”. Y Jesús le dijo, “Tampoco Yo te condeno, vete y no peques más”. Creemos que del mismo modo que “sin Él nada de lo que hay fue hecho”, del mismo modo, la Palabra hablada de Dios, el Logos de Cristo, creó en la vida de esta mujer un nuevo principio. Sus mandamientos son también Su capacitación, liberando la gracia de Dios. Esto es muy distinto de la ley que hace una demanda pero no da el poder divino para cumplirla. Por primera vez esta mujer halló descanso para su agitada alma en el perdón y en la vida de Jesús. Esta es la diferencia entre la mera religión que exige obediencia pero no da la gracia, y una relación con el Dios que nos *conoce*.

Una parte integral de la salvación de Dios y de la perfección de los santos en Cristo es *permanecer* y *descansar*. El hombre entró en los efectos corruptores del tiempo y cayó bajo el juicio de Dios cuando Adán pecó, pero el Padre ha preparado un camino para que nosotros estemos donde está Jesús, descansando (sentados juntamente) con Él en lugares celestiales. “Todavía un poco, y el mundo no Me verá más”, dijo Jesús, “pero vosotros Me veréis. Porque Yo vivo, vosotros también viviréis. Y en ese día conoceréis que Yo estoy en Mi Padre y vosotros en Mí y Yo en vosotros” (Juan 14:19,20). Entrar en Jesús con Su Padre es entrar en el reposo de Dios. Hablaba de esto cuando dijo:

“Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas” (Mateo 11:28,29).

No debemos pasar de largo de estas palabras porque esconden el secreto del reposo. La respuesta a la necesidad desesperada de reposo del hombre la encontramos por primera vez en las palabras de Jesús, “Venid a Mí”. Jamás hallaremos reposo a menos que vengamos a Él, dejando nuestras cargas y obras a Sus pies. Él da reposo a los que están trabajados y cansados de la religión, solo si vienen a Él. La Biblia del Mensaje interpreta estos versículos como una invitación a “aprender los ritmos no impuestos de la gracia”. ¡Bien dicho, Sr. Peterson! Las palabras *aprended de Mí* implican una formación en el trabajo. Jesús está invitando al cansado a tomar la carga fácil y ligera que Él llevó durante Su peregrinaje terrenal. Este yugo es la clase de carga que las alas suponen para un ave, o las aletas para un pez. El yugo de Cristo no tiene cintos a excepción del amor por el Padre.

Jesús hacía referencia a un buey joven uncido a un buey viejo y muy bien entrenado con el propósito de un aprendizaje. Esta es la forma más rápida de entrenar a un buey joven para arrastrar el yugo. Jesús está invitando a los cansados a unirse al yugo con Él y aprender mansedumbre y humildad. Yo (George) recuerdo un póster que vi en cierta ocasión en una librería bíblica. Era una foto frontal de un patito saliendo al final de un tubo de desagüe, con un aspecto excepcionalmente orgulloso y confiado. El título decía: “¡Levántate, Sal y Conquista!” Era divertido pero me hizo preguntarme, “¿Es así como Dios nos ve?” ¿Ve Él a un patito obsesionado por la conquista del mundo o la mansedumbre y humildad de un Cordero en nosotros? ¿Encuentra a un cordero en reposo o a un presumido megalómano que piensa que el mundo y la iglesia son su propia ostra?

Jesús nos da Su remedio para el cansancio y agotamiento en la cristiandad hoy. “Yo soy manso y humilde de corazón”. Éste es el currículo. Si tomamos el yugo de Jesús y caminamos en pareja con Él, aprendiendo Su mansedumbre y humildad, aprenderemos *los ritmos no impuestos de la gracia*—aprenderemos a descansar. *Aquí* es donde aprendemos a no tener otra agenda que la del Padre. Por medio de la transformación en Su humildad, nos comportamos como hijos, haciendo siempre lo que vemos hacer al Padre. Para entrar en el reposo de Cristo primero tenemos que aprender Su humildad y mansedumbre, lo opuesto a la ambición y conflicto de los líderes religiosos de Su día. El principio de vida de Jesús nos capacita para vivir en la bondad del Padre. Si estamos en el yugo de Jesús, viviremos como Jesús, sin imponernos ninguna agenda sino confiando solamente, esperando y dejando que Dios haga la obra en y por medio de nosotros a Su tiempo.

La ansiedad es una certera evidencia de que no estamos más participando del yugo con Cristo sino que hemos dejado Su reposo. El orgullo abandona el yugo del humilde Cristo y del gobierno de Dios para levantarse, salir y conquistar por medio de la fuerza y el poder. Jesús dijo a tales agitadores e instigadores, “vuestro tiempo siempre está presto”. Conocer los ritmos no impuestos de la gracia nos capacita a ambos a esperar y obrar con Dios. Jesús dijo, “...el Padre que mora en Mí, Él hace la obra” (Juan 14:10). ¿Podemos decir esto? ¿Podemos decir honestamente, “Él hace la obra”? Éste es el reposo que Jesús ejemplificó. Solo los que están en el yugo de Cristo, aprendiendo los *ritmos no impuestos de la gracia* conocen este reposo prometido a todos los que vienen a Él y aprenden de Él.

En respuesta a los judíos que trataban de matarle por haber sanado en el sábado, Jesús dijo, “Mi Padre hasta ahora trabaja y Yo trabajo” (Juan 5:17). Él trabajaba cuando el Padre que moraba en Él trabajaba, indicando que cuando el Padre no trabajaba, tampoco trabajaba Él. Este es el yugo de Cristo. Esto es lo que aprendemos de Él y la forma de aprenderlo. Esto es el reposo.

La ausencia de reposo es responsable de una multitud de males que acosan a la humanidad en general así como a la iglesia. El campo médico nos dice que muchas de nuestras enfermedades vienen de simple ansiedad y falta de descanso. Hemos visto entrevistas con gente que ha vivido más de cien años y estos viejitos hablan de estilos de vida más relajados. Nuestra sociedad industrializada y movida por la ansiedad, no solo nos está matando con productos químicos y polución que son perjudiciales para nuestros cuerpos. Nos está matando al llevarnos a estrujar cada bocado de productividad que podamos sacar de nosotros mientras estemos despiertos. Luchamos por conseguir más de nuestro dinero a cada nivel de existencia. La vida en el mundo occidental está llena de pensamientos ansiosos. Un reportero preguntó en cierta ocasión a Rockefeller qué millón sería finalmente suficiente. A lo que respondió: “¡El próximo!” La vida movida por el mundo siempre es la siguiente nómina, el siguiente trabajo, la siguiente mujer u hombre, la siguiente casa o la siguiente ciudad. Un típico hombre occidental nunca está satisfecho. No conoce el reposo.

Ahora bien, contrasta esta vida que nos mata con las palabras de Jesús en el Sermón del Monte:

“Ninguno puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas. Por tanto os digo: No os afanáis por vuestra vida, qué habéis de comer o qué habéis de beber; ni por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir. ¿No es la vida más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido? Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellas? ¿Y quién de vosotros podrá, por mucho que se afane, añadir a su estatura un codo? Y por el vestido, ¿por qué os afanáis? Considerad los lirios del campo, cómo crecen: no trabajan ni hilan; pero os digo, que ni aun Salomón con toda su gloria^(A) se vistió así como uno de ellos. Y si la hierba del campo que hoy es, y mañana se echa en el horno, Dios la viste así, ¿no hará mucho más a vosotros, hombres de poca fe? No os afanáis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos, o qué beberemos, o qué vestiremos? Porque los gentiles buscan todas estas cosas; pero vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas. Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas. Así que, no os afanáis por el día de mañana, porque el día de mañana traerá su afán. Basta a cada día su propio mal.” (Mateo 6:24-34).

Por un lado tenemos un estilo de vida movido por la lascivia de la ganancia mundana y bienestar—el dios babilónico llamado Mamón. Por otro, tenemos a este Hombre Santo que nos dice que esto no es en absoluto necesario y que no prestemos atención a tales cosas porque “vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de ellas”. Así que, ¿Cuál es Su respuesta? Hemos de ser inútiles espirituales e ignorar las necesidades de nuestros cuerpos naturales y el de nuestras familias, y quedarnos colgados girando alrededor de Dios? No exactamente. Jesús lo expresa así, “Más buscad primeramente el Reino de Dios y Su justicia y todas las demás cosas os serán añadidas”. Este es el trabajo que hay que hacer para entrar en el reposo de Dios.

Estamos aquí para decirte que el Padre *si* se preocupa y *va a satisfacer* todas tus necesidades cuando tú buscas SU reino y SU justicia. Yo, Michael, me pasé el primer año después de ser lleno del Espíritu probando que Jesús era *La Verdad*. Tenía que saber más allá de toda duda que aquel al que yo había dado mi vida era de hecho digno de confianza. Tenía que saber que Sus palabras eran verdaderas. Me llamó a servir a un grupo de Cristianos que habían sido salvos recientemente en las calles y que llegaron a ser conocidos como el “Movimiento de Jesús” a principios de los 70. Les serví como si fueran mi propia familia (y lo eran espiritualmente). Mi trabajo era una labor por amor a mi Salvador. Fue como revivir los cinco primeros capítulos del Libro de los Hechos. Había tan amor de Dios entre nosotros que ninguno decía que lo que teníamos era de nuestra propiedad. Compartíamos prácticamente todo unos con otros. El amor de Dios nos empujaba desde nuestro interior a satisfacer las necesidades del que tuviera falta entre nosotros, y de alcanzar a los perdidos con corazones abiertos.

Ese año vi un milagro tras otro de la maravillosa provisión de Dios entregado en cuerpo y alma a Dios. Vimos sanidades milagrosas, gente liberada de golpe de adicciones a drogas, alimentos multiplicados, gente sanada y corazones duros cambiados.

Entré en ese año con una esposa, dos hijos, pagos de casa, pagos de coche, facturas médicas y otras obligaciones. Mi esposa Dorothy había tenido a nuestro tercer hijo durante este tiempo y ninguno de los dos tenía un trabajo normal ni una fuente regular de ingresos. Servíamos simplemente a estos jóvenes siervos de Dios con todo nuestro corazón. Si usáramos los estándares del mundo, tendríamos que haberlo perdido todo y habernos quedado tirados en la calle. ¿Pero sabes qué? Yo creí que si Dios me había contratado, también sería responsable de pagar mi salario. Hice esta obra de amor por estos jóvenes cristianos como para Jesús solamente y al final de ese año, todas las facturas se habían pagado y éramos dueños de nuestra casa y coche sin cargas de ninguna clase. ¡No teníamos deudas y todo ello sin pedir una sola moneda ni ayuda de nadie! Recibimos miles de dólares de forma anónima. Fue sólo Jesús y aprendí de primera mano lo que quería decir cuando dijo: “Buscad primeramente el reino de Dios y todas las cosas os serán añadidas”. El nos demostró que Aquel que sostiene el universo en Sus manos es de hecho digno de toda confianza.

Hebreos capítulo once, el gran “capítulo de la fe”, comienza diciendo, “la fe es la certeza (sustancia) de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve.” ¿Has pensado alguna vez que la fe tiene sustancia? Hemos visto estos mismos eventos milagrosos o parecidos en las vidas de muchos hijos de Dios, eventos que instauraron en ellos una fe que no podía ser movida. Luego, al ponerse las cosas bastante difíciles, fuimos presionados hasta el punto de preguntarnos si Dios aún estaba ahí como lo había estado antes, tan prácticamente visible. Pero incluso entonces, podíamos acordarnos que nos había demostrado más allá de toda duda que Él cuida y provee para las ovejas de Su prado.

Como con Israel, con frecuencia los santos somos alimentados durante un tiempo con maná del cielo. Lo único que teníamos que hacer era salir y recoger cada mañana. Pero una vez que hemos aprendido las lecciones del desierto, Le descubrimos proveyendo de forma distinta en la tierra de la promesa.

“La tierra a la cual pasáis para tomarla es tierra de montes y de vegas, que bebe las aguas de la lluvia del cielo; tierra de la cual Jehová tu Dios cuida; siempre están sobre ella los ojos de Jehová tu Dios, desde el principio del año hasta el fin.” (Deut. 11:11-12).

El crecimiento en Cristo siempre estira. Siempre nos llama a estar atados por Su amor y a ser dirigidos a lugares donde nunca nos hubiéramos aventurado en nuestra inmadurez. En cierta ocasión, un día en los comienzos de mi nueva fe, yo, Michael, me encontraba en el centro de una gran ciudad, apoyado contra un edificio mientras esperaba que un hermano llegara con su coche y me llevara a casa. Mientras estaba ahí, miré a la cuneta y vi un gorrioncito caer de la parrilla de un coche aparcado frente a mí. Pensé, “Pobrecito. Debe haber sido golpeado por el coche y su cuerpecito acaba de caer”. Pero no. Saltó y anduvo a saltos por la acera frente al coche siguiente. ¡Luego fue brincando por la cuneta de nuevo hasta meterse otra vez dentro de la parrilla del coche! Había hallado una fuente de provisión de alimento por la que no tenía que sembrar, cosechar ni almacenar en graneros. El hombre había pavimentado y edificado todo su hábitat natural, pero el Padre le había mostrado cómo hallar alimento limpiando totalmente los radiadores de esos receptores de bichos sobre cuatro ruedas. Su comida salía calentita directamente de la parrilla. El Padre me estaba mostrando que mi vieja provisión iba a secarse muy rápidamente como sucedió con Elías en el arroyo de Querit y que tenía que buscar otra fuente, como había hecho el gorrioncito—todo ello ordenado desde arriba.

Cuando Jesús decía *No os afanéis* [en la Biblia en inglés, literalmente “*No penséis en—Nota del Traductor*”] en los Evangelios, una mejor traducción habría sido *No estéis ansiosos*. No deberíamos considerar extraño ni caer en incredulidad y ansiedad en esos tiempos de incertidumbre. En lugar de eso tenemos que aprender a buscar Su rostro y aprender las lecciones que esos eventos nos proveen al conformarnos estas cosas a imagen de Su Hijo.

Reposo para el Pueblo de Dios

En los capítulos tres y cuatro del Libro de Hebreos, hay una clave muy importante a caminar por la fe. Se llama *reposo*. Cuando el Espíritu me mostró esto (a Michael) por primera vez, lo compartí con el líder de nuestra congregación, un auténtico agitador y promotor, me aseguro que “¡Descansamos después de morir. Ahora tenemos que trabajar!”

La cristiandad tiene más comisarios de tributos que el Egipto del faraón. Como faraón, estos hombres son movidos a edificar sus ciudades-almacén para convertirlas en ciudades más atractivas. Jamás oímos la palabra *suficiente* desde la jerarquía. En lugar de eso escuchamos una constante súplica por “¡Más ladrillos! ¡Más ladrillos! ¡Conseguid vuestra propia paja!”. Salomón escribió, “La sanguijuela tiene dos hijas que dicen: ¡Dame! ¡Dame!” Bien podía estar hablando de los ministerios de la iglesia de hoy y de los que recaudan impuestos.

Estudiamos con más detenimiento este pasaje de Hebreos que habla de entrar en el reposo de Dios.

Porque toda casa es hecha por alguno; **pero el que hizo todas las cosas es Dios**. Moisés a la verdad fue fiel en toda la casa de Dios, como siervo, para testimonio de lo que se iba a decir; pero Cristo como hijo sobre su casa, la cual casa somos nosotros, si retenemos firme hasta el fin la confianza y el gloriamos en la esperanza. Por lo cual, como dice el Espíritu Santo: Si oyereis **hoy** su voz, No endurezcáis vuestros corazones, Como en la provocación, en el día de la tentación en el desierto, Donde me tentaron vuestros padres; me probaron, Y vieron mis

obras cuarenta años. A causa de lo cual me disgusté contra esa generación, Y dije: Siempre andan vagando en su corazón, Y no han conocido mis caminos. Por tanto, juré en mi ira: No entrarán en mi reposo. Mirad, hermanos, que no haya en ninguno de vosotros corazón malo de incredulidad para apartarse del Dios vivo; antes exhortaos los unos a los otros cada día, entre tanto que se dice: **Hoy**, para que ninguno de vosotros se endurezca por el engaño del pecado. Porque somos hechos participantes de Cristo, con tal que retengamos firme hasta el fin nuestra confianza del principio, entre tanto que se dice: Si oyereis **hoy** su voz, No endurezcáis vuestros corazones, como en la provocación. ¿Quiénes fueron los que, habiendo oído, le provocaron? ¿No fueron todos los que salieron de Egipto por mano de Moisés? ¿Y con quiénes estuvo él disgustado cuarenta años? ¿No fue con los que pecaron, cuyos cuerpos cayeron en el desierto? ¿Y a quiénes juró que no entrarían en su reposo, sino a aquellos que desobedecieron? **Y vemos que no pudieron entrar a causa de incredulidad**. Temamos, pues, no sea que **permaneciendo aún la promesa de entrar en su reposo**, alguno de vosotros parezca no haberlo alcanzado. Porque también a nosotros se nos ha anunciado la buena nueva como a ellos; pero no les aprovechó el oír la palabra, por no ir acompañada de fe en los que la oyeron. **Pero los que hemos creído entramos en el reposo**, de la manera que dijo: Por tanto, juré en mi ira, No entrarán en mi reposo; **aunque las obras suyas estaban acabadas desde la fundación del mundo**. Porque en cierto lugar dijo así del séptimo día: **Y reposó Dios de todas sus obras en el séptimo día**. Y otra vez aquí: No entrarán en mi reposo. Por lo tanto, puesto que falta que algunos entren en él, y aquellos a quienes primero se les anunció la buena nueva no entraron por causa de desobediencia, otra vez determina un día: **Hoy**, diciendo después de tanto tiempo, por medio de David, como se dijo: Si oyereis **hoy** su voz, no endurezcáis vuestros corazones. **Porque si Josué les hubiera dado el reposo, no hablaría después de otro día. Por tanto, queda un reposo para el pueblo de Dios. Porque el que ha entrado en su reposo, también ha reposado de sus obras, como Dios de las suyas.**” (Hebreos 3:4-4:10).

Primero leemos que todo lo que es eterno es construido por Dios. Jesús dijo que a menos que Dios edifique la casa, en vano trabajan los que la edifican. David observó, “Por demás es que os levantéis de madrugada, y vayáis tarde a reposar, y que comáis pan de dolores; Pues que a su amado dará Dios el sueño.” La actividad no es justa en sí, ni siquiera la mucha ocupación en cosas “buenas”.

Jesús dijo, “Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad.” (Mateo 7:22-23). La palabra *conocí* en “*nunca os conocí*”, se usa del acto de la procreación sexual entre un marido y su esposa (lee Mateo 1:25). ¡Toda nuestra vida cristiana se nos ha dicho sobre la importancia de que conozcamos a Jesús pero aquí y en otras dos parábolas, el énfasis está en que Él nos conozca a nosotros! ¿Nos conoce? Su fluir de vida... ¿Halla expresión y canal por medio de nosotros para fruto? Los que vinieron diciendo, “Señor, Señor, nosotros no hicimos, nosotros no hicimos...” están ofreciendo a Jesús una descendencia ilegítima, fruto de iniquidad, bastardos, no nacidos de una unión de amor con Él, y por tanto, ciertamente sin fruto para Dios. Si las obras que ofrecemos a Cristo no son nacidas de una comunión íntima con Él, sino que se conciben y se hacen desde nuestra propia iniciativa, aunque puedan estar hechas en Su nombre, son iniquidad delante de Él. El *conocimiento* de Cristo que viene por Su Espíritu ES el fruto que Dios exige. ¿Es nuestro fruto resultado de SU

venir a nosotros y de Su conocernos? ¿Son nuestras obras resultado de nuestra intimidad con Él? Si no traemos *este fruto*, ¿Qué exportaremos? Si no producimos lo que es de Él, ¿tenemos entonces algo que dar aparte de nociones y patrones del pasado, las obras de nuestra carne?

La palabra griega traducida *fruto* en Romanos capítulo siete, “para que llevemos fruto para Dios”, significa *ser fértil* o *producir descendencia*, y se usa en el contexto de nuestro matrimonio con Cristo. Si el fruto no nace de una unión íntima y legal con Cristo, nace entonces de nuestra carne y es obras de iniquidad, hijos de promiscuidad a los ojos de Dios. Todo lo demás en un hecho independiente, una demostración de falta de reposo e incredulidad—otro Ismael para cargar a un mundo lleno de tal fruto malo. Dios busca esas obras que Él pre-ordenó para que anduviésemos en ellas desde la fundación del mundo (lee Efesios 2:10).

Muchos conocen las obras de Dios o al menos intentan hacerlas en y de sí mismos. Cuando Jesús dio de comer a los cinco mil, querían tomarlo a la fuerza y hacerle su rey. A éstos que estaban tan preocupados con las cosas de esta vida, Él dijo,

“Trabajad, no por la comida que perece, sino por la comida que a vida eterna permanece, la cual el Hijo del Hombre os dará; porque a éste señaló Dios el Padre. Entonces le dijeron: ¿Qué debemos hacer para poner en práctica las obras de Dios? Respondió Jesús y les dijo: Esta es la obra de Dios, que creáis en el que él ha enviado.” (Juan 6:27-29).

El hombre religioso siempre pregunta, “¿Qué haremos para que podamos hacer las obras de Dios?” Esta no es la pregunta que separa a las ovejas de las cabras. La pregunta es, “¿Conocemos Sus caminos y descansamos en ellos o conocemos meramente Sus obras?” Las *obras* tratan con el hombre exterior, *pero los caminos de Dios* tratan con el corazón. Una cosa es que nuestros cuerpos sean alimentados por Él, y otra que nuestros corazones sean cambiados por las operaciones del Espíritu. Los que son cambiados así pueden decir con Jesús, “Tengo una comida que comer que no conocéis”.

En el capítulo tres de Hebreos leemos, “A causa de lo cual me disgusté contra esa generación, y dije: Siempre andan vagando *en su corazón*, y no han conocido Mis caminos. Por tanto juré en mi ira: No entrarán en Mi reposo”. Conocer Su reposo es conocer Sus CAMINOS y descansar en ellos. “*Sus caminos notificó a Moisés, y a los hijos de Israel sus obras*” (Salmos 103:7). Los que solo conocieron Sus obras murieron en el desierto. “Mirad, hermanos, que no haya en ninguno de vosotros corazón malo de incredulidad para apartarse del Dios vivo” .

Nuestro pasaje de Hebreos continúa: “Porque somos hechos participantes de Cristo con tal que retengamos firme hasta el fin nuestra confianza del principio, entre tanto que se dice: `Si oyereis hoy Su voz, No endurezcáis vuestros corazones como en la provocación”.

En la carta de Pablo a los Gálatas, le vemos discutiendo con los creyentes gentiles que ya estaban comenzando a caer bajo la ley de los judíos.

“¡Oh gálatas insensatos! ¿Quién os fascinó para no obedecer a la verdad, a vosotros ante cuyos ojos Jesucristo fue ya presentado claramente entre vosotros como crucificado? Esto solo quiero saber de vosotros: ¿Recibisteis el Espíritu por las obras de la ley, o por el oír con fe? ¿Tan necios sois? ¿Habiendo comenzado por el Espíritu, ahora vais a acabar por la carne? ¿Tantas cosas habéis padecido en vano? si es que realmente fue en vano. Aquel, pues, que os suministra el Espíritu, y hace maravillas entre vosotros, ¿lo hace por las obras de la ley, o por el oír con fe? Así Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia. Sabed, por tanto, que los que son de fe, éstos son hijos de Abraham.” (Gálatas 3:1-7)

¿Qué pasa con nosotros? ¿Somos tan insensatos que pensamos que NOSOTROS podemos perfeccionar por medio de obras muertas lo que Dios comenzó en nosotros por el Espíritu? ¿Recibimos a Cristo y a Su Espíritu por medio de obras y de guardar la ley, o fue por la fe? ¿Qué nos hace pensar que Dios quiere que continuemos lo que Él empezó por Su Espíritu, por medio de obras de nuestras propias manos? Y sin embargo esto es lo que vemos por todas partes en la iglesia. Edificamos edificios y oramos para que Él los llene. Diseñamos programas y oramos para que Él los bendiga. Los libros de auto ayuda y de cómo-conseguir-objetivos inundan las estanterías de nuestras librerías cristianas. ¡Dios no va a dar vida a ningún esfuerzo de nuestra naturaleza carnal! Su bendición no va a caer sobre nuestros ízameles sino en los que nacen de la fe y descansan en Él—Sus obras que fueron predestinadas desde la fundación del mundo.

EL YO SOY

En el pasaje de Hebreos que citamos arriba vemos que la palabra *hoy* aparece una y otra vez. “Si oyereis **hoy** Su voz... exhortaos unos a otros diariamente entre tanto que se dice ‘**hoy**’. Otra vez designa un cierto día diciendo en David, ‘**hoy**’... Si oyereis **hoy** Su voz, no endurezcáis vuestros corazones”. Permanecer en el reposo de Dios es permanecer en el YO SOY, el siempre presente *ahora* del Padre.

Piensa en ello: ¿Puedes alterar algo del pasado? ¿Puedes controlar lo que pasará mañana? No, lo único con lo que puedes tratar mientras permaneces en la gracia de Dios, es el mismo momento presente. Tu forma de vivir este momento podrá alterar el futuro y cambiar el pasado una vez que hoy se convierta en ayer, pero nuestra vida real está solo en el presente. Esto es lo que quiere indicar el pasaje de arriba, vivir en el eterno ahora *hoy*.

El hombre carnal, una vez despierto, pasa la mayoría de sus horas o bien preocupándose sobre el mañana o temiendo sobre su pasado. ¡El presente rara vez está en su mente, aunque este presente es el único lugar en el que Dios se comunica y tiene comunión con nosotros! Todo lo demás es incredulidad y falta de reposo. Pablo escribió a los filipenses,

“No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús. Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: *olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta*, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús.” (Filipenses 3:12-14, énfasis añadido).

Lo más notable es que la medida más pequeña de tiempo que Dios reconoce es el día. “Dijo luego Dios: Haya lumbreras en la expansión de los cielos para separar el día de la noche; y sirvan de señales para las estaciones, para días y años”. (Génesis 1:14). No había medidas más pequeñas de tiempo mencionadas en la Biblia hasta que los hijos de Israel fueron llevados cautivos a Babilonia. De hecho, el único lugar del Antiguo Testamento en el que la palabra *hora* se usa es en el libro de Daniel y en el contexto de la adoración de ídolos.

La ambición por la micro-organización del tiempo lleva a falta de descanso y no es del pueblo de Dios ni para el pueblo de Dios. Es de origen egipcio. De hecho, uno de los relojes más antiguos es el reloj solar o de sombras egipcio [3400 AC]. El indicador de este reloj es el obelisco, que se usaba en otras formas de adoración del sol. ¿Cómo de idólatra es nuestra ambición por micro-organizar el día—u ordenarlo de la mañana a la tarde—conforme a nuestros propios designios? Cuanto más se ha involucrado el hombre en la mercadería y otros objetivos opuestos al propósito eterno de Dios, y cuánto más ha intentado imponer sus deseos sobre su prójimo, más ha querido segmentar su día. Antes de eso, la gente no tenía necesidad de conocer la hora del día. Solo existía la mañana y la tarde. Eso era suficiente. Cuando las grandes civilizaciones de Oriente comenzaron a levantarse con sus burocracias y religiones formales, los hombres encontraron necesario organizar su tiempo más eficientemente. El reloj vino con todo ello, el calendario, y los itinerarios. El reloj ha dictado los asuntos de los hombres desde ese momento en adelante.

La división del tiempo fue aún más fragmentada por el filósofo de Alejandría, Claudio Ptolomeo, que dividió la hora en sesenta minutos, posiblemente inspirado en la escala de medidas de la antigua Babilonia.

¡Fracasamos en los objetivos de nuestro alto llamamiento y nos cortamos de esa dulce comunión con Dios cuando tratamos de llenar el *hoy* con las cosas de ayer y de mañana! También hacemos esto con otros en nuestras vidas. ¿Con qué frecuencia pasamos tiempo con nuestros hijos y esposa sabiendo ellos que no tienen nuestra completa atención? No estamos ahí; No estamos permaneciendo hoy. Nuestro itinerario no nos permite entrar en el reposo de Dios o en ¡el lugar del cese de Dios” (Traducción literal concordante).

Desde el invento de la bombilla eléctrica, los científicos dicen que entre un 80% y un 90% de los americanos no tienen horas de sueño suficientes y consecuentemente, aumentan los casos de cáncer, diabetes y toda clase de enfermedades. Cuando Dios expulsó al hombre del Huerto de Su reposo, la enfermedad y la muerte comenzaron a obrar en él—sus días fueron enumerados... “Muriendo moriréis”.

Jesús dijo a los discípulos, “Por tanto, no os afanéis por mañana, pues el mañana se traerá su propio afán. Baste a *cada día* su propio afán.”

Solo Dios sabe cuánto pesar en este mundo es fruto de prestar lamentos del ayer y problemas del mañana. Acusamos a la gente de vivir en el pasado cuando todas sus energías del presente las gastan reaccionando a algún punto de referencia de daño o decepción en el pasado. Sufren sin necesidad interpretando el presente con los lentes del pasado. Luego están los que están paralizados por temor de lo que el futuro pueda depararles. Estos no pueden descansar hasta que no han reunido muchos bienes durante muchos días. A estos, Dios les dice: “¡Necio! Esta noche vienen a pedirte tu alma y lo que has provisto, ¿De quién será?”

El último resorte del alma ansiosa cuando todos los demás temores se han acallado. El fantasma del mañana acecha con todos sus duendecillos de duda y desconfianza (Robertson's Word Pictures).

La Biblia del Mensaje dice: "Presta toda tu atención a lo que Dios *está haciendo ahora mismo*, y no te quedes enganchado en lo que puede o no suceder mañana. Dios te ayudará a tratar con cualquier cosa difícil que venga cuando llegue el momento" (Mateo 6:34).

Jesús enseñó a orar a Sus discípulos, "El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy". Dios satisfizo las necesidades de los hijos de Israel en el desierto diariamente. No se les permitió que almacenaran el maná. Si lo hacían, estaría podrido al día siguiente. Cuando nos pasamos la vida preocupándonos por como conseguir nuestra próxima comida o el siguiente pago de nuestra casa, fracasamos en permanecer en Él, que pone mucho más valor en nuestro bienestar que en el de los pajarillos. Debemos herir Su generoso corazón cuando luchamos duramente por llegar a fin de mes, en lugar de echar nuestra ansiedad sobre Él.

Trabajamos en nuestros puestos de trabajo, trabajamos con nuestros hobbies y habilidades para crear algo que dure más allá del momento. Después de "venir a Cristo", seguimos los ejemplos de nuestros líderes cristianos y nos proponemos edificar o bien sus ministerios o los nuestros propios. Pero eventualmente, no importa el cuidado que pongamos en la construcción de algo, "la polilla y el orín destruyen los ladrones irrumpen y roban". Tenemos la tendencia a dejar nuestra marca sobre esta tierra, dejar un legado, y sin embargo, nada perdura. Así que, ¿Dónde está nuestra esperanza? Está en la palabra *permanecer*.

En cierta ocasión un filósofo dijo, "No puede cruzar el mismo río dos veces". La propia naturaleza del río es la de algo que fluye continuamente. Permanecer en el *ahora* de Dios es entrar en el fluir del río que procede del trono del Cielo. Como descubrió Ezequiel, no era suficiente ponerse manos a la obra e introducirse en agua hasta los tobillos. Tampoco era suficiente hasta las rodillas, porque el ángel del Señor seguía guiándolo hacia aguas más profundas. Tampoco era suficiente llegar hasta la cintura, ni tampoco hasta el pecho. El ángel siguió guiándole hasta que "las aguas le cubrieron la cabeza" (Lee Ezequiel 37). El profeta estaba dentro del agua que fluía del trono de Dios, siendo llevado en el siempre presente ahora de Dios. Dios le estaba enseñando a permanecer por la fe en Su maravilloso reposo.

Mientras nos oponemos al fluir—queriendo solo un poco del río para estar "en el fluir", no conoceremos el poder ni el reposo de Dios que se halla *con* el fluir. El río que Juan vio en el cielo es donde se hallaba el árbol de la vida. "Después me mostró un río limpio de agua de vida, resplandeciente como cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero. En medio de la calle de la ciudad, y a uno y otro lado del río, estaba el árbol de la vida, que produce doce frutos, dando cada mes su fruto; y las hojas del árbol eran para la sanidad de las naciones" (Apocalipsis 22:1-2). ¿Quiere conocer el poder de Dios en tu vida? Solo lo hallarás si entregas todo el control y dejas que Él te guíe donde no sabes, mientras permaneces en Su reposo.

El Cristo resucitado habló a Pedro de la naturaleza de la verdadera madurez espiritual,

“De cierto, de cierto te digo: Cuando eras más joven, te ceñías, e ibas a donde querías; mas cuando ya seas viejo, extenderás tus manos, y te ceñirá otro, y te llevará a donde no quieras. Esto dijo, dando a entender con qué muerte había de glorificar a Dios. Y dicho esto, añadió: Sígueme.” (Juan 21:18-19)

Ésta es la muerte de la vieja naturaleza. *Ésta* es la muerte que glorifica a Dios solamente. Aquí ya no estás más vestido con tus propias túnicas de justicia, sino con las adecuadas para Su fiesta de las bodas. Aquí ya no haces presuntuosamente tu propia voluntad, sino que eres guiado diariamente por el Espíritu, haciendo cosas que jamás habrías hecho si te hubieras quedado bajo el control de tu vieja naturaleza. Esta es la muerte que verdaderamente glorifica a Dios.

La palabra griega para permanecer es “*meno* {men'-o}—seguir estando presente. Estar presente es permanecer en el presente, obteniendo nutrición momento a momento. Con esta definición en mente, consideremos las palabras de Jesús:

Entonces Jesús dijo a los Judíos que creían en Él, “*Si permanecéis* en Mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos” (Juan 8:31).

“Y el esclavo no queda en la casa para siempre; el hijo sí queda para siempre” (Juan 8:35)

“*Permaneced en mí*, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no *permanece* en la vid, así tampoco vosotros, si no *permanecéis* en mí” (Juan 15:4)

“El que en mí no *permanece*, será echado fuera como pámpano, y se secará; y los recogen, y los echan en el fuego, y arden. Si *permanecéis* en mí, y mis palabras *permanecen* en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho.” (Juan 15:6,7).

“Como el Padre me ha amado, así también yo os he amado; *permaneced* en mi amor. Si guardareis mis mandamientos, *permaneceréis* en mi amor; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y *permanezco* en su amor” (Juan 15:9,10).

Hudson Taylor, en una carta escrita con fecha 4 Septiembre de 189 a su hermana en Inglaterra desde el campo misionero en China, mencionó una carta liberadora que había recibido de John McCarthy.

En cuanto al trabajo, la mina nunca fue tan abundante, tan responsable o tan difícil; pero el peso y la presión han desaparecido. El último mes o más ha sido quizás el más feliz de mi vida y anhelo contarte un poquito de lo que el Señor ha hecho por mi alma.... Cuando la agonía del alma estaba en su clímax, una frase en una carta de mi querido McCarthy fue usada para quitar las escamas de mis ojos y el Espíritu de Dios reveló la unidad con Jesús como jamás la había conocido antes. McCarthy, que había sido muy ejercitado por el mismo sentir de fracaso, pero que vio la luz antes que yo, escribió (cito de memoria): “¿Cómo conseguir un fortalecimiento de la fe? No mediante un esfuerzo de búsqueda fe, sino reposando en el Fiel.” Mientras lo leía, ¡lo vi todo muy claro! Como

pensaba de la vid y los pámpanos, qué luz el bendito Espíritu Santo derramó en mi alma!

Esta verdad literalmente revolucionó la vida de Hudson Taylor. Después de entrar en el reposo de Dios por medio de la permanencia, jamás volvió a ser el mismo.

“Si seguís estando en mi presencia, sois mis discípulos. El hijo permanece en mi presencia para siempre. Seguid en mi presencia y llevaréis Mi fruto. Si seguís en mi presencia, os concederé vuestros deseos. Seguid en mi amor permanente y cumpliréis todos mis mandamientos, porque no hay ley contra el amor.” Esto es el reposo, porque la fruta es el producto de la Vid, y no de ramas que se esfuerzan en producirlo.

El Día del Señor

Con frecuencia recibimos cartas de gente preocupada por saber cual es el verdadero día del Señor. El hombre con un espíritu religioso presta mucha atención a la adoración en un día particular de la semana. Yo, Michael, recuerdo haber leído un cartel de iglesia que decía, “Un día de siete te llevará al cielo”. Pero las palabras de una vieja canción de rock se acercan a la verdad, “ser santo una vez a la semana será la apuesta seis a uno de que vayas al cielo”.

Unos dicen que el sabbath de Dios es el sábado. Otros dicen que es el domingo u otro día de la semana. El verdadero reposo de Dios del que habla el Antiguo Testamento no es en realidad un día concreto de la semana, en absoluto, sino un lugar en SU creación en el que Él mora continuamente, un lugar al que Él nos invita a venir y a reposar con Él en Su amor paternal. ¿Es posible que todos los que luchan por guardar alguna clase de ley sabática fracasen también en entrar en Su reposo?

El hombre religioso no puede distinguir los árboles del bosque. En su gran celo por guardar la ley perfectamente, pierde de vista aquello que la ley le dio para enseñarlo. En Hebreos leemos: “Porque la ley, teniendo la sombra de los bienes venideros, *no la imagen misma de las cosas*, nunca puede, por los mismos sacrificios que se ofrecen continuamente cada año, hacer perfectos a los que se acercan.” (Hebreos 10:1). La advertencia del capítulo cuatro está clara. Nosotros también podemos fracasar en entrar en Su reposo por le mismo ejemplo de incredulidad que nos dan los que se esfuerzan por guardar la ley.

Así que si no se trata de *cuando* adoramos, lo siguiente con lo que lucha la mente religiosa que no conoce el reposo de Dios, es, *¿dónde?* La mujer en el pozo de Sicar planteó la misma pregunta a Jesús.

“Jesús le dijo: Mujer, créeme, que la hora viene cuando ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre. Vosotros adoráis lo que no sabéis; nosotros adoramos lo que sabemos; porque la salvación viene de los judíos. Mas la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren. Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren.” (Juan 4:21-24).

Cuando se encuentran dos cristianos típicos, la primera pregunta después de la introducción es, “¿Dónde te congregas?” Luego, lo que normalmente viene es, “¿Quién es *tu* pastor?” Esto es tan infantil y carnal que raya en el dicho del niño de seis años a su amiguito, “Mi papi es más grande que el tuyo”. Pablo llamó a este tipo de conducta *carnal* y calificó de meros *bebés* en la fe a quienes la tenían. (lee 1ª Corintios 3).

Jesús dejó claro a esta mujer de Sicar que la adoración no tiene nada que ver con hacer en un cierto lugar, sino que es un asunto del corazón. “Dios es Espíritu y los que Le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren”. Si no, no puede decirse que estemos adorando a Dios, no importan donde o con quién nos conreguemos para “adorar”.

Dios es Espíritu. Si queremos adorarle, tenemos que ir más allá de esta mentalidad que viene de nuestra naturaleza caída. Dios no va de tiempo o espacio. No mora en casas hechas por hombre, aquí o ahí.

“Si bien el Altísimo no habita en templos hechos de mano, como dice el profeta: El cielo es mi trono, Y la tierra el estrado de mis pies. ¿Qué casa me edificaréis? dice el Señor. ¿O cuál es el lugar de mi reposo? ¿No hizo mi mano todas estas cosas? ¡¡Duros de cerviz, e incircuncisos de corazón y de oídos! Vosotros resistís siempre al Espíritu Santo, como vuestros padres, así también vosotros”. (Hechos 7:48-51)

Así que, ¿Dónde está el lugar del reposo de Dios? ¿En Israel? ¡Israel es hoy día el foco de toda la inquietud mundial! Para adorarle tenemos que ir más allá del pensamiento en términos de tiempo y espacio y entrar en el eterno reposo de Dios EN Su Hijo. Donde está la verdadera fe, hay paz y reposo. Donde falta, leemos, “porque el que duda es semejante a la onda del mar, que es arrastrada por el viento y echada de una parte a otra. No piense, pues, quien tal haga, que recibirá cosa alguna del Señor.” (Santiago 1:6-7).

¿Te has preguntado alguna vez como Jesús, el Hijo de Dios, que no conoció pecado, podía romper el sabbath y las ceremoniales leyes judías una y otra vez y seguir siendo sin pecado? Leemos en los evangelios,

“Aconteció en un día de reposo, que pasando Jesús por los sembrados, sus discípulos arrancaban espigas y comían, restregándolas con las manos. Y algunos de los fariseos les dijeron: ¿Por qué hacéis lo que no es lícito hacer en los días de reposo? Respondiendo Jesús, les dijo: ¿Ni aun esto habéis leído, lo que hizo David cuando tuvo hambre él, y los que con él estaban; cómo entró en la casa de Dios, y tomó los panes de la proposición, de los cuales no es lícito comer sino sólo a los sacerdotes, y comió, y dio también a los que estaban con él? Y les decía: El Hijo del Hombre es Señor aun del día de reposo.” (Lucas 6:1-5).

¿Cómo podía el Señor del Sabbath romper el Sabbath? Era imposible para Él como es igualmente imposible para todos los que han entrado en SU reposo y han cesado de sus propias obras y esfuerzos por ser justos. Necesitamos comprender las profundidades de lo que Jesús quiso decir cuando dijo a esos judíos religiosos, “el sabbath fue hecho para el hombre y no el hombre para el Sabbath”. “Porque el que ha entrado en Su reposo ha cesado también de sus obras como Dios de las Suyas.”

David, el gran quebrantador de la ley e invasor del pan del sacrificio, escribió:

“Jehová, no se ha envanecido mi corazón, ni mis ojos se enaltecieron; Ni anduve en grandezas, ni en cosas demasiado sublimes para mí. En verdad que me he comportado y he acallado mi alma, como un niño destetado de su madre, como un niño destetado está mi alma. Espera, oh Israel, en Jehová, desde ahora y para siempre.” (Salmos 131:1-3).

Puedes saber que tienes un corazón envanecido, que tus ojos se han enaltecido o que te has preocupado con grandezas o cosas demasiado sublimes para ti, cuando no permaneces en el reposo de un bebé de pecho, recostado sobre el pecho de nuestro Padre. Nuestra fe, esperanza y reposo han de estar en el Señor *desde ahora y para siempre*.

Hay una gran historia en los evangelios de una mujer que halló el reposo de Dios y merece ser repetida.

“Aconteció que yendo de camino, entró en una aldea; y una mujer llamada Marta le recibió en su casa. Esta tenía una hermana que se llamaba María, la cual, sentándose a los pies de Jesús, oía su palabra. Pero Marta se preocupaba con muchos quehaceres, y acercándose, dijo: Señor, ¿no te da cuidado que mi hermana me deje servir sola? Dile, pues, que me ayude. Respondiendo Jesús, le dijo: Marta, Marta, afanada y turbada estás con muchas cosas. Pero sólo una cosa es necesaria; y María ha escogido la buena parte, la cual no le será quitada.” (Lucas 10:38-42).

Hoy día las iglesias y los ministerios giran alrededor de servir y de hacer, viendo lo que pueden cocinar por Jesús en sus cocinas religiosas. Pero los que han aprendido a entrar en el reposo a los pies de Jesús, han escogido “la buena parte”, la cual no les será quitada. Solo permaneciendo en Él, podremos producir fruto que permanezca. Solo permaneciendo en Su reposo podemos obrar las obras de Dios.

¡Procurad, pues, entrar en Su reposo!

Santificando al Señor

Hay una advertencia solemne dada a la iglesia en el Nuevo Testamento que necesita ser tomada muy en serio. En el libro de los Hebreos, el autor se refiere a los israelitas que cayeron en el desierto y nunca vieron la Tierra Prometida. Ahí leemos:

“Temamos, pues, no sea que permaneciendo aún la promesa de entrar en su reposo, alguno de vosotros parezca no haberlo alcanzado. Porque también a nosotros se nos ha anunciado la buena nueva como a ellos; pero no les aprovechó el oír la palabra, por no ir acompañada de fe en los que la oyeron. Pero los que hemos creído entramos en el reposo, de la manera que dijo: Por tanto, juré en mi ira, No entrarán en mi reposo; aunque las obras suyas estaban acabadas desde la fundación del mundo.” (Hebreos 4:1-3)

Aquí leemos de un pueblo escogido que falló en alcanzar aquello para lo que habían sido alcanzados. Aunque habían sido llamados a grandes cosas, por causa de su incredulidad fracasaron en entrar en el cumplimiento de las mismas. El autor nos exhorta a **“temer, no sea que alguna parezca no haberlo alcanzado”**. Quieres decir que NOSOTROS podríamos estar en peligro de perder aquello por lo que fuimos sacados del mundo y por lo que morimos, como el mismo Israel, sin ni siquiera ser conscientes de la Tierra Prometida de Dios? ¿Cómo es posible? Pablo escribió una advertencia semejante a los corintios,

“Porque no quiero, hermanos, que ignoréis que nuestros padres todos estuvieron bajo la nube, y todos pasaron el mar; y todos en Moisés fueron bautizados en la nube y en el mar, y todos comieron el mismo alimento espiritual, y todos bebieron la misma bebida espiritual; **porque bebían de la roca espiritual que los seguía, y la roca era Cristo. Pero de los más de ellos no se agradó Dios**; por lo cual quedaron postrados en el desierto. Mas estas cosas sucedieron como ejemplos para nosotros, para que no codiciemos cosas malas, como ellos codiciaron... Y estas cosas les acontecieron como ejemplo, y están escritas para amonestarnos a nosotros, a quienes han alcanzado los fines de los siglos.” (1ª Cor. 10:1-11)

¡Si, esta solemne advertencia es para nosotros! Nosotros que hemos participado de Cristo, que hemos sido bautizados en Él y que hemos sido separados del mundo (Egipto), que hemos caminado bajo la nube de la cobertura protectora del Padre, que hemos comulgado juntos, nosotros también podemos fallar en cruzar el Jordán y entrar en el Sion de Dios. El autor de Hebreos nos exhorta, a que “procuremos, pues, entrar en aquel reposo, para que ninguno caiga en semejante ejemplo de desobediencia.” (Hebreos 4:11).

Comprendemos que la generación que fue llamada a salir de Egipto no entró en la tierra por causa de incredulidad. No obstante, lo que se ignora con frecuencia es el hecho de que Moisés y Aarón estaban entre los que fallaron en entrar el reposo de Dios. También murieron en el desierto por causa de incredulidad. Dios dijo a Moisés y a Aarón por qué no podían guiar a la asamblea a la tierra que Él les había dado. **“Porque no creísteis en Mí, para santificarme a los ojos del pueblo”** (Lee Números 20:12). Aquí vemos que creer en el Señor y santificar al Señor son una misma cosa. ¿Qué significa *santificar* al Señor? Para contestar a esta pregunta, debemos regresar a Cades, donde comienza a surgir una crisis en el desierto de Zin.

Quando la congregación de Israel llegó a Cades, *no había agua* (lee Números 20:1-29). Como siempre, la gente se congregó en contra de Moisés y Aarón. “¡Ojalá hubiéramos muerto con nuestros hermanos, cuando estos murieron delante del SEÑOR!” se lamentaron. “¿Para qué guiasteis a la asamblea del SEÑOR a este desierto, para que muramos nosotros y nuestro ganado? ¿Por qué nos habéis hecho salir de Egipto para traernos a este lugar espantoso? No es lugar de grano, higos, viñas ni granados; y tampoco hay agua para beber.” Para resumir, “¡Esta no es la tierra que nos prometiste!” Imagínate a una fuerte muchedumbre de dos millones y medio lista para el lindamiento delante de *tu* puerta.

Al oír sus quejas, Moisés y Aarón se apartaron y cayeron sobre sus rostros delante del Señor. El Señor dijo a Moisés que tomara la vara, reuniera a la congregación y hablara a la roca *ante de los ojos de ellos*, para que “diera su agua”. Moisés y Aarón hicieron como Dios les mandó y reunieron a la congregación delante de la roca. Luego Moisés se comportó de un modo muy raro. En el pasado, cuando tenía una rebelión en sus manos, intercedía por el pueblo e incluso se humillaba y se volvía vulnerable

delante de ellos, dependiendo totalmente de Dios para que Él tratara con la situación. Jamás tomó el lugar de Dios ni les reprochó por su carnalidad. Pero atiende a las palabras que salieron de su boca , “**¡Oíd ahora, rebeldes! ¿Os hemos de hacer salir aguas de esta peña?**” Entonces alzó Moisés su mano y golpeó la peña con su vara dos veces; y salieron muchas aguas, y bebió la congregación . ¡Gracias a Dios! Todo bien una vez más, ¿Verdad?

Ahora, en este punto muchos pensaréis que ya sabéis hacia dónde vamos con esto. ¿Cuántas veces hemos oído este pasaje en sermones, con planteamientos como, “Moisés la golpeó. Golpeó a la roca. ¡Golpeó a Jesús! ¡Se le ordenó que hablara a la roca y en lugar de eso la golpeó! Esto es lo que desagradó de tal modo a Dios que él mismo terminaría muriendo en el desierto.” Esta diminuta explicación fracasa en la explicar el alcance y significados completos del acto de incredulidad de Moisés.

Aunque la sed de la gente y del ganado fue satisfecha momentáneamente, *Dios no quedó satisfecho*. Él dijo a Moisés y Aarón, “**Por cuanto no creísteis en mí**, para **santificarme delante de los hijos de Israel**, por tanto, no meteréis esta congregación en la tierra que les he dado” (v.12). Moisés y Aarón fueron incluidos en el grupo del que Dios dijo, “Juré en Mi ira, no entrarán en Mi reposo”. Más tarde, en el Monte Hor, el Señor cumplió Su promesa a Aarón. Les dijo a Moisés y Aarón:

“Aarón será reunido a su pueblo, pues no entrará en la tierra que yo di a los hijos de Israel, por cuanto fuisteis rebeldes a mi mandamiento en las aguas de la rencilla. Toma a Aarón y a Eleazar su hijo, y hazlos subir al monte de Hor, y desnuda a Aarón de sus vestiduras, y viste con ellas a Eleazar su hijo; porque Aarón será reunido a su pueblo, y allí morirá.” (Números 20:24-26).

Así, Moisés desnudó a Aarón de sus vestiduras y las puso sobre su hijo Eleazar. Allí murió Aarón sobre la cima del monte, sin haber entrado nunca en el reposo prometido.

Por rebelarse contra el mandamiento de Dios rehusando santificar al Señor ante los ojos del pueblo, Moisés también fracasó en entrar en el reposo de Dios. Solo se le permitió que la viera de lejos, desde la cima del Monte Abarim.

Justo antes de que Israel entrara en la tierra, el Señor dijo a Moisés, “Jehová dijo a Moisés: Sube a este monte Abarim, y verás la tierra que he dado a los hijos de Israel. Y después que la hayas visto, tú también serás reunido a tu pueblo, como fue reunido tu hermano Aarón. Pues fuisteis rebeldes a mi mandato en el desierto de Zin, en la rencilla de la congregación, **no santificándome en las aguas a ojos de ellos**. Estas son las aguas de la rencilla de Cades en el desierto de Zin.” (Números 27:12-14).

Moisés y Aarón fallaron en *santificar o venerar* al Señor ante los ojos del pueblo. ¿Cómo uno santifica o deja de santificar al Señor?

En Ezequiel 36 leemos como Israel profanó a Dios ante los ojos de las naciones. Las naciones asumían que era por causa de la debilidad de Dios que Israel era derrotado y llevado cautivo. El reproche era directamente proporcional al hecho de que este pueblo, llamado a anunciar las virtudes de Aquel que los llamó de la oscuridad, se había entenebrecido y vivía muy por debajo de la dignidad y poder de su llamamiento. Es en esto en lo que fracasaron en santificar al Señor, en venerarle delante de las naciones.

La International Standard Bible Encyclopedia afirma,

“Cierto, fue por causa de los pecados de Israel pero lo ético no falta en estos pasajes. El pueblo ha de ser separado de sus pecados y ha de recibir un nuevo corazón (Eze. 36:25-26; Eze. 36:33). Pero la palabra “santificar” no se usa para esto. Se aplica a Yavéh, y significa la afirmación del poder de Yavéh en el triunfo y conquista de sus enemigos por parte de Israel (Eze. 20:41; Eze. 28:25; Eze. 36:23; Eze. 38:16; Eze. 39:27). La santificación de Yahvéh es por tanto la afirmación de Su Ser y poder como Dios, de igual modo que la santificación de una persona u objeto es la afirmación del derecho y reclamo de Yahvéh sobre eso mismo... La historia de las aguas de Meriba ilustra el mismo significado. El fallo de Moisés en santificar a Yavéh es el fracaso en declarar la gloria y poder de Yahvé en el milagro de las aguas (Números 20:12-13; Números 27:14).

Primero tenemos que entender que la santidad de Dios no se relaciona con principios, ética, o doctrinas de moralidad. La santidad de Dios es mucho más. Es Él quien es. ES Su ser esencial, Su supremacía, Su soberanía y gloria. Santificar o venerar a Dios es distinguirlo reconociendo Su supremacía y soberanía, no con un mero asentimiento intelectual, sino viviendo humildemente en deferencia a y dependencia de Su poder. Cuando hablamos de vidas *vividas en deferencia a Su poder*, queremos decir más que lugares comunes sobre su señorío. Queremos decir, entregarnos a Su operación soberana primero que nada negando nuestras propias fuerzas y auto-glorificación, dejando que Dios actúe a favor nuestro, y que al hacerlo, Le apartemos y Le glorifiquemos ante los ojos de los demás.

Podemos aprender comparando las palabras de Moisés, “Os hemos hacer salir aguas...” con las palabras de Dios, “habla a la roca, para que de su agua”. Todo en la vida cristiana se reduce a esto. ¿Pasaremos nuestra vida en la búsqueda de medios y métodos para que NOSOTROS podamos sacar agua de la Roca? ¿Seguiremos manifestaciones de avivamiento, o el avivamiento que es Cristo mismo? ¿**Cesaremos** en fe, **de nuestras obras e ingenuidad y** dejaremos que la Roca **de su agua?** ¿**Viviremos por la vida de Dios, dejando que Él se distinga por Su poder y fuerza?** ¿**Le dejaremos** triunfar sobre nuestros enemigos o trataremos de hacer un pacto con la muerte?

Isaías contrastó la dependencia de Israel en el pacto con los Asirios con una vida fundada en la confianza, en la preciosa piedra angular, el cimiento estable.

“Por cuanto habéis dicho: Pacto tenemos hecho con la muerte, e hicimos convenio con el Seol; cuando pase el turbión del azote, no llegará a nosotros, porque hemos puesto nuestro refugio en la mentira, y en la falsedad nos esconderemos; por tanto, Jehová el Señor dice así: He aquí que yo he puesto en Sion por fundamento una piedra, piedra probada, angular, preciosa, de cimiento estable; el que creyere, no se apresure.” (Isaías 28:15-16).

Aunque no es una traducción, la Biblia del mensaje capta el significado de este pasaje en un lenguaje que apunta a los temas de la confianza en nuestras vidas hoy. “Tú dices, `Hemos tomado seguros de vida. No hemos querido comprometernos, hemos cubierto todas nuestras necesidades. No hay desastre que nos pueda alcanzar. Hemos pensado en todo. Hemos sido aconsejados por los expertos. Todo está en

orden.” (Isaías 28:15). La prueba era y sigue siendo si vamos a vivir por los recursos de nuestra vida o de la Suya. ¿Confiamos, nos apoyaremos y nos pegaremos a esa Piedra que ofende a toda sensibilidad natural? Los que lo hace jamás huirán en pánico. La palabra de Dios a los que confían que cualquier otro pacto les protegerá es: “En descanso y en reposo seréis salvos; **en quietud y en confianza** será vuestra fortaleza” (Isaías 30:15). Esto es de hecho una ofensa a toda tendencia natural en el hombre.

Vidas que santifican al Señor

Dios no había llamado a Israel a una santidad que pudiera alcanzarse aparte de Su poder y gloria. Los llamó a venerarle, a santificarle y a distinguirlo por encima de todos los dioses de las naciones paganas. Israel era la posesión de Dios en virtud de una gran obra de separación en Egipto que usó para apartarlos de todas las demás naciones. Como pueblo apartado habían de santificarle mostrando las virtudes de Aquel que los llamó de la oscuridad. Era imperativo que Moisés santificara a Dios ante los ojos de esta nación santificada. Dios estaba profundamente preocupado con esto.

El comportamiento de Moisés se quedó corto de este propósito. La postura de Moisés no fue distinta de la de los magos de Egipto. Dios no pretendía que este viaje se convirtiera en el show mágico de Moisés. Dios quería que el pueblo conociera que solo El es Su proveedor en todas las necesidades de ellos, en Sus riquezas en gloria, y no un hombre que tuviera grandes poderes espirituales. En breve, la proeza ministerial de Moisés se convertiría en un estorbo. Estaba acostumbrado a jugar un papel muy importante que sirvió durante un tiempo a los propósitos de Dios. Pero ahora Dios le estaba pidiendo que se echara atrás y que se apartara ante los ojos del pueblo, para distinguirlo a Él de Su profeta, de su vara, del sacerdote y de todos los demás instrumentos que Él había usado previamente. La roca había de tener preeminencia en este día. Por causa de este acto de incredulidad, este acto de auto-afirmación, “hemos de sacaros agua”, y más tristemente lo que representaba a los que observaban, ni Moisés ni Aarón entrarían en el reposo de Dios. ¡Estas cosas nos sirven como ejemplo y amonestación a nosotros hoy! ¿Cómo viviremos entonces?

Pedro nos exhorta: “Santificad al Señor en vuestros corazones...” (1ª Pedro 3:15).

Considerando lo que acabamos de aprender, ¿Cómo santificamos a Dios en nuestros corazones y ante los ojos de los demás? Tenemos que arrepentirnos de nuestra mentalidad de “hemos de sacaros agua”. Tenemos que dejar nuestra propia obra. Pablo escribió, “Porque nosotros somos la circuncisión, los que adoramos a Dios en Espíritu y nos regocijamos en Cristo Jesús, **y no tenemos confianza en la carne**” (Filipenses 3:3). No tenemos suficiencia excepto la suficiencia de Dios. Vemos en la vida de Pablo lo que significa santificar al Señor. Si santificar al Señor es venerarle viviendo plenamente por Su vida y recursos, si es vivir solamente por el agua que fluye de la Roca, Cristo Jesús, entonces Pablo tenía pocos compañeros. Considera sus palabras, “no que seamos competentes por nosotros mismos para pensar algo como de nosotros mismos, sino que nuestra competencia proviene de Dios...” (2ª Cor. 3:5). “Y poderoso es Dios para hacer que abunde en vosotros toda gracia, a fin de que, teniendo siempre en todas las cosas todo lo suficiente, abundéis para toda buena obra.” (2ª Cor. 9:8).

“Pero no Yo”

Pablo santificó al Señor en su corazón afirmando la gloria de Dios y Su poder en cada área de su vida, dando todo el crédito al Señor. “Con Cristo estoy juntamente

crucificado y ya no vivo yo, más vive Cristo en mí. Y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a Sí mismo por mí” (Gálatas 2:20).

Pablo hizo repetidas referencias al hecho de que la gracia de Dios era quién hacía la obra. Reconoció que todo lo que era y hacía era resultado directo de la gracia de Dios. “Pero por la gracia de Dios soy lo que soy; y su gracia no ha sido en vano para conmigo, antes he trabajado más que todos ellos; **pero no yo**, sino la gracia de Dios conmigo.” (1ª Cor. 15:10).

La Biblia Ampliada traduce así Filipenses 2:13:

[No en vuestra propia fuerza] porque es Dios quien de forma efectiva está todo el tiempo obrando en vosotros [trayendo el poder y creando en vosotros el poder y el deseo], de querer y de hacer para su buen placer, satisfacción y deleite. (Filipenses 2:13).

Aquí vemos que somos llamados a vivir y a obrar por la vida de otro. “Pero no yo, sino Cristo.” Esto es lo que significa santificar al Señor Jesús en nuestros corazones. Es reconocer que lo que somos y todo lo que llegaremos a ser, depende solo de la gracia de Dios.

Hasta que no cesemos de nuestras obras y santifiquemos al Señor en nuestros corazones y en nuestras vidas, dejando que Él nos llene del poder y cree en nosotros el poder y el deseo, no podremos entrar en Su reposo. Él sólo es satisfecho por la operación efectiva del Espíritu de Dios dentro de nosotros. Cuando podamos decir desde nuestro corazón, “pero no yo, sino Cristo... no yo, sino la gracia de Dios”, seguiremos gloriándonos en nuestra carne, jactándonos, “hemos de... hemos de... hemos de... producir.”

Hasta el lirio del valle que ni trabaja ni hila, es un testigo y un testimonio del cuidado y la provisión de Dios. Ni siquiera Salomón se vistió como uno de ellos. Pero es un testimonio mucho mayor de Su poder, de Su victoria y de Su gloria ante todos los que tengan ojos para ver, aquellos que son transformados por la operación de Su enorme poder, de cuyo interior fluyen ríos de agua viva. ¡Estos santifican al Señor! ¡Estos entran en Su reposo! Cada área de Sus vidas lo atestigua plenamente, “pero no yo, sino Cristo”. Santificar al Señor Jesús en nuestros corazones es dejar la prueba completa de Su victoria y señorío en nuestras vidas por Su Espíritu de poder. No es por obras, sino *todo de gracia*, “**pero no yo**, sino la gracia de Dios... no yo sino Cristo”. Hasta que no aprendamos lo que significa “vivir por la fe de Jesucristo” en lugar de nuestra propia veracidad, no podremos entrar en el reposo de Dios.

Eternidad presente

“Por la fe Abraham, siendo llamado, obedeció para salir al lugar que había de recibir como herencia; y salió sin saber a dónde iba. Por la fe habitó como extranjero en la tierra prometida como en tierra ajena, morando en tiendas con Isaac y Jacob, coherederos de la misma promesa; porque esperaba la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios”. (Hebreos 11:8-10)

En este pasaje leemos sobre un *auténtico* hombre de fe. Decimos *auténtico* porque él tenía su mira puesta en otro mundo y “esperaba la ciudad que tiene fundamentos cuyo constructor y hacedor es Dios”. A diferencia de muchos cristianos hoy, no estaba tan ocupado en construir “grandes cosas para Dios”, sino que miraba una ciudad construida *por* Dios. Recuerda, este “capítulo de la fe” comienza con una declaración de hechos que dice, “Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve.” Si no podemos apreciar esta importante diferencia entre lo temporal y lo eterno, ciertamente somos como ciegos.

En el Nuevo Testamento leemos de dos fariseos descendientes del justo Abraham que tuvieron un encuentro con el viviente Hijo de Dios y cuyas mentes fueron puestos patas arriba. Uno era Nicodemo y el otro Saulo de Tarso. Cada uno de ellos fue invadido por un Hombre cuya vida y perspectiva les eran totalmente ajenas, aunque cada uno afirmaba ser representante de Dios a Su pueblo y se enorgullecían de vivir vidas piadosas.

Primero veamos la colisión que Saulo tuvo con el Cristo resucitado.

“Saulo, respirando aún amenazas y muerte contra los discípulos del Señor, vino al sumo sacerdote, y le pidió cartas para las sinagogas de Damasco, a fin de que si hallase algunos hombres o mujeres de este Camino, los trajese presos a Jerusalén. Mas yendo por el camino, aconteció que al llegar cerca de Damasco, repentinamente le rodeó un resplandor de luz del cielo; y cayendo en tierra, oyó una voz que le decía: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? El dijo: **¿Quién eres, Señor?** Y le dijo: Yo soy Jesús, a quien tú persigues; dura cosa te es dar coces contra el aguijón. El, temblando y temeroso, dijo: Señor, ¿qué quieres que yo haga? Y el Señor le dijo: Levántate y entra en la ciudad, y se te dirá lo que debes hacer.” (Hechos 9:1-6)

“¿Quién eres Señor?” ¿Te has dado cuenta de que Jesús parecía manifestarse de manera inaceptable para la mente del hombre religioso? ¿Te has dado cuenta de que cuando habla, Sus palabras son o bien confusas o bien totalmente inaceptables para la mente religiosa? De principio a fin parece ser de otro mundo como si disfrutara desbaratando nuestra “realidad” presente. Nos gusta tener todo limpio y ordenado, en montoncitos muy ordenados y luego llega Él y sopla sobre todo ello, esparciendo nuestra paja en el viento.

Vemos esto en el discurso de Jesús con el fariseo Nicodemo, un hombre religioso con todas sus doctrinas correctas y todos sus principios teológicos bien ordenados por filas. Nicodemo se atrevió a acercarse a este Hombre que mora y piensa en la eternidad, para su propia perdición.

“Había un hombre de los fariseos que se llamaba Nicodemo, un principal entre los judíos. Este vino a Jesús de noche, y le dijo: Rabí, sabemos que has venido de Dios como maestro; porque nadie puede hacer estas señales que tú haces, si no está Dios con él. Respondió Jesús y le dijo: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios. Nicodemo le dijo: ¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Puede acaso entrar por segunda vez en el vientre de su madre, y nacer? Respondió Jesús: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es. No te maravilles de que te dije: Os es necesario nacer de nuevo. El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu. Respondió Nicodemo y le dijo: ¿Cómo puede hacerse esto? Respondió Jesús y le dijo: ¿Eres tú maestro de Israel, y no sabes esto? De cierto, de cierto te digo, que lo que sabemos hablamos, y lo que hemos visto, testificamos; y no recibís nuestro testimonio. Si os he dicho cosas terrenales, y no creéis, ¿cómo creeréis si os dijere las celestiales?” (Juan 3:1-12)

Nicodemo viene a Jesús y reconoce que Él es *de* Dios. Había escuchado de los milagros y le había dado el crédito a Jesús. Al hacerlo, pensó que había andado la milla extra con Cristo. Luego vemos que Jesús comienza a acorralarlo. “Tienes que nacer del agua y del Espíritu. ¡Tienes que nacer de nuevo!” Cuántos pensamos que solo hace falta nacer de mujer (nacer del agua), y luego ceñirnos a nosotros mismos el sistema de creencia correcto, y así, tener cumplido todo lo que Dios exija de nosotros. Miles de millones de hombres y mujeres se han acercado a Jesús de este modo. Musulmanes, judíos, budistas, y si, incluso los cristianos hacen esto. Pero, ¿Es esto lo que Cristo exige de los que van a conocer a Su Padre, el único Dios verdadero?

“¡Tienes que nacer de nuevo! Tienes que nacer del Espíritu”. ¿Qué se supone que ha de significar esto? Después de que Jimmy Carter durante su campaña para la presidencia, comenzase confesando que era nacido de nuevo, enseguida comenzamos a escuchar esta frase repetida como un loro por todo lo largo y ancho de la cultura americana. La Avenida Madison tomó este dicho como suyo y pronto, las nuevas líneas de los industriales también habían “nacido de nuevo”. Pronto tuvimos coches “nacidos de nuevo”, restaurantes “nacidos de nuevo”, y hamburguesas “nacidas de nuevo” que comían las estrellas del pop que cantaban sobre las nuevas relaciones terrenales como si su nueva aventura hubiera salido directamente del cielo.

¿Qué quiere decir “nacido de nuevo” desde una perspectiva celestial? ¿Quiere decir que vamos a una reunión, escuchamos a un hombre santo hablar y ante su invitación, levantamos un dedo (o avanzamos hacia el altar) y ya, ya somos nacidos de nuevo? Echemos un vistazo a algunas cosas más que Jesús tuvo que decir sobre *nacer de nuevo*. “A menos que no nazcas del Espíritu”, a menos que no nazcas del mundo del Espíritu, aún no has llegado a la primera base. Lo que es nacido de la carne ES carne. Lo que es nacido del Espíritu es espíritu. Hay una división entre ambas. La primera es del mundo y mundana. La última es de otro mundo y manifiesta a ESE mundo que no busca nada de éste. Él ve el reino de Dios. Su visión completa está llena de ese reino y el príncipe de este mundo no puede volver su cabeza. No hay vuelta atrás.

Algunos de vosotros estéis probablemente pensando, “Espera un minuto, ¡No podemos estar tan centrados en el cielo que no sirvamos para nada en la tierra! Tenemos que mantener un equilibrio en esto”. Os habéis unido a Nicodemo al decir, “¿Cómo pueden ser estas cosas?” Seamos razonables en esto. ¿Qué pasa con todo lo bueno que puedo ofrecer a Dios? ¿Qué pasa con mis habilidades musicales, mi riqueza, mi capacidad administrativa, mi éxito en el mundo de los deportes? ¿Qué pasa con mi título de teología? ¡Ciertamente Dios puede usar todo esto!” A lo que Jesús responde, “lo que es de carne, SIGUE SIENDO carne.” Si la justicia de Nicodemo no tenía lugar en el reino de Dios, ¿Cuánto más cierto es esto de la nuestra? Pastor, “¿eres tú un maestro de la ley y no entiendes estas cosas?”.

Jesús continuó diciéndole a este líder de los Judíos, “Hablamos lo que sabemos y testificamos de lo que hemos visto”. Jesús habla por el Espíritu desde una perspectiva celestial y representa al Reino y la voluntad de Su Padre. El hombre carnal y religioso solo habla por la carne y las cosas de ESTE mundo. Habla de las cosas que ha aprendido en el mejor de los seminarios de este mundo. Habla de lo que ha leído en sus volúmenes de comentarios que adornan las paredes de su estudio. O peor aún, va a un seminario de entrenamiento y habla de las cosas que ha aprendido sobre el “crecimiento de iglesia”. Su interés está en edificar SU reino religioso, consiguiendo un número cada vez mayor de gente bajo su control e influencia. Pero, ¿Cuántos cristianos de hoy día y sus líderes hablan de lo que han oído que el Espíritu les ha dicho, para hablar solo después de haber estado un rato delante del Padre, envueltos por Su amor? ¿Cuántos hablan lo que SABEN, con un conocimiento que solo viene de la realidad del reino, de tener comunión con Dios en el Espíritu? Jesús dijo, “Yo solo hablo lo que oigo decir a Mi Padre, y solo hago lo que veo hacer a Mi Padre.” Esto es lo que significa nacer de nuevo.

Jesús fundió literalmente a este fariseo cuando le dijo, “el viento sopla de donde quiere y oyes su sonido, pero no sabes de donde viene ni a donde va. Así es **todo aquel** que es nacido del Espíritu.” La mente de Nicodemo resonaba ante esto, “No, no, ¿Cómo puede ser?”. Por consecuencia, Nicodemo estaba diciendo, “Jesús, ¡Lo que esto implica es demasiado! Si la gente que es guiada por el Espíritu es como el viento, ¿Cómo podemos controlarlos para seguir canalizando sus energías y su dinero en nuestros programas? Si la gente empieza a escuchar a Dios por si misma y a obedecer *Su* voz, se volverán tan impredecibles como Tú! No llegarán a tiempo a las reuniones porque estarán haciendo sus ministerios, que chocaran con los nuestros, fuera de nuestras propias paredes. Puede que se empiecen a reunir por las casas y descuiden el tiempo por completo al ir de casa en casa en unidad y al amarse unos a otros alrededor de una comida. Nuestras sinagogas se volverán totalmente irrelevantes y se deteriorarán. “¡Perderemos nuestro control sobre sus vidas!”

Jesús añade este insulto a toda su afrenta hacia el status quo del hombre, “No recibís nuestro testimonio. Si Yo os he hablado cosas terrenales y no creéis, “¿Cómo creeréis si os habb las celestiales?” En lengua vernácula, “Chico, no tienes ni una pista de lo que estoy hablando y nunca la tendrás hasta que caigas sobre tu rostro y clames a Mi en arrepentimiento y limpieza de corazón, dejando todos tus títulos, posiciones, túnicas de justicia y todo tu pedigree judío a un lado, teniendo todo esto por basura.” Unos años después Jesús confrontaría a Pablo en el camino de Damasco y el resultado en *su* vida fue exactamente esto.

Asi pues, ¿cual es el costo de convertirse en “nacido de nuevo”, de ser alguien guiado por el Espíritu como el viento, de obedecer ese llamado celestial hacia lo alto que te despoja de esta no-realidad presente a la realidad de Dios?

“Y ha visto en visión a un varón llamado Ananías, que entra y le pone las manos encima para que recobre la vista. Entonces Ananías respondió: Señor, he oído de muchos acerca de este hombre, cuántos males ha hecho a tus santos en Jerusalén y aun aquí tiene autoridad de los principales sacerdotes para prender a todos los que invocan tu nombre. El Señor le dijo: Ve, porque instrumento escogido me es éste, para llevar mi nombre en presencia de los gentiles, y de reyes, y de los hijos de Israel; porque yo le mostraré cuánto le es necesario padecer por mi nombre.” (Hechos 9:12-16)

Nosotros en la iglesia occidental anhelamos ser como Billy Graham y tener oportunidad de predicar a Jesús a reyes, presidentes y coliseos llenos de gente, a muchedumbres que nos admiren. Sin embargo, ¿estamos dispuestos a abrazar la cruz de Cristo y sufrir “muchas cosas por causa de SU nombre? ¿Seguiremos a Jesús hasta la cruz? ¿Estaremos dispuestos a sufrir la pérdida de todas las cosas que este mundo tiene que ofrecer y vivir vidas centradas en un reino que NO es de este mundo? ¿O somos como esas siete mujeres de las que habla el profeta Isaías?

“Echarán mano de un hombre siete mujeres en aquel tiempo, diciendo: Nosotras comeremos de nuestro pan, y nos vestiremos de nuestras ropas; solamente permítenos llevar tu nombre, quita nuestro oprobio.” (Isaías 4:1)

Siete mujeres, siete candeleros, siete iglesias, queremos lo mejor de ambos mundos. Queremos la independencia de ser señores de nuestra propia vida. Queremos una carrera de éxito, queremos vivir vidas cómodas, queremos que todos los hombres piensen bien de nosotros, queremos edificarnos un reino y dejar un legado con nuestro nombre puesto en ello. Así, Jesús, danos sólo tu nombre para que podamos parecer justos delante de nuestro prójimo. Queremos parecer filántropos ricos que se preocupan verdaderamente sobre los pequeñitos, siempre que podamos mantener el control sobre nuestras vidas. Queremos ser reconocidos como “Crist-ianos”. Queremos que la gente vea que siempre hacemos “lo cristiano”. Solo danos tu nombre para cubrirnos en nuestra desnudez espiritual.

Así que ahí está Nicodemo, con su mundo hecho trizas, a sus pies. Y ahora viene la golpe de gracia, “Nadie subió al cielo sino el que viene del cielo, esto es, el Hijo del Hombre que está en el cielo”. ¿Qué? ¿Estás diciendo que no sólo TÚ has bajado del cielo sino que AÚN estás en el cielo? ¿Qué eres, un loco? Me iba bien creyendo incluso en el cielo y manteniendo una postura en contra de los saduceos que no creen en la resurrección. ¡Y ahora me dices que no solo estás aquí *desde el Cielo*, sino que sigues estando *ahí*, estando ahí delante de mí, *aquí, en la tierra!*

En la cabeza de este líder religioso, Jesús o bien estaba demonizado y era un caso claro de locura, o simplemente era de otro mundo. Las obras que Él hizo, los milagros, hablan de ese otro mundo, así que Nicodemo no podía simplemente desecharlo como un Mesías falso. Jesús golpeó la visión del mundo de este hombre y golpeará también *la tuya* si tratas de seguirle por la dirección y el poder del Espíritu. En breve, las cosas de este mundo se ensombrecerán, como ha sucedido con nosotros, y tu “pastor” te acusará de no estar cuerdo y de estar tan “centrado en el cielo que no sirves para nada en la tierra”. Ojalá así fueran todos los que nombran el nombre de Jesús.

Pablo escribió a la iglesia de Éfeso,

“Aún estando nosotros muertos (muertos, inertes) en [nuestros] pecados, nos dio vida juntamente con Cristo [nos dio la vida de Cristo Mismo, la misma nueva vida con la que Él Le avivó], (por gracia sois salvos—Su favor y misericordia que no merecíais) (salvos del juicio y hechos participantes de la salvación de Cristo). Y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar [nos dio un lugar-asiento junto a Él] en los lugares celestiales [por virtud de nuestro ser] con Cristo Jesús [el Mesías, el Ungido]’ (Efesios 2:5-6 ampliado)

¿Te has dado cuenta del agujero en el tiempo que hay aquí? Esta es la vida cristiana normal. Como fue cuando Jesús hablaba con Nicodemo, así es con todos los que somos de Cristo. Estamos aquí en la tierra, pero también estamos ahí con Él, en lugares celestiales en Cristo. Si el pasaje de arriba nos dice algo, dice que en realidad somos seres espirituales que tienen una experiencia corporal. Dios así lo ha ordenado. Nuestros pecados no podrían terminar este destino. Porque incluso cuando estábamos muertos en nuestros pecados, Él nos vivificó en comunión y unión con Cristo en la misma nueva vida de Cristo. Hemos creído por la gracia. Hemos sido salvos por Su gracia y caminamos nuestra misma vida por Su gracia.

¿Estamos caminando en lugares celestiales? No, hemos sido forzados a *sentarnos* juntos en Él. Él es quien dijo en la cruz, “consumado es”. Si estamos en Él, entonces nos encontramos como el mismo Jesús cuando habló a Nicodemo, “Nadie ha subido al cielo, sino el que viene del cielo, el Hijo del Hombre que está en el cielo”. Es en nuestro reposo en Cristo en los lugares celestiales que estamos en Su reino en esta tierra. Su oración se convierte en una realidad. “Venga Tu Reino, hágase Tu voluntad así en la tierra como en el cielo”. Es solo cuando descansamos en Él en el reino del Padre, que podemos ser de alguna clase de utilidad para el reino aquí en la tierra. Solo podemos caminar con Cristo si estamos sentados *en* Él en los lugares celestiales a la diestra del Padre. Si estamos ocupados edificando nuestros propios reinos de hombres---y si no es el Espíritu a quien estamos obedeciendo y siguiendo, sino a meros hombres—todo será madera, heno y hojarasca y todo será consumido por los fuegos purificadores de Dios.

Estar en Cristo es ser de otro mundo. Estaremos tan centrados en el cielo que este mundo y sus líderes religiosos nos expulsarán como algo profano.

“Si, pues, habéis resucitado con Cristo [a una nueva vida y por tanto participando de Su resurrección de entre los muertos] buscad las cosas de arriba [tesoros ricos y eternos], donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba (las cosas de lo alto), no en las de la tierra. Porque [en lo que se refiere a este mundo] habéis muerto, y vuestra vida [vuestra vida nueva y real] está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en el [esplendor de Su] gloria.” (Colosenses 3:1 -4)

¿Hemos de seguir mirando hacia arriba? ¡En modo alguno! Si estamos EN Cristo tenemos una perspectiva celestial y solo podemos mirar hacia abajo con Sus ojos de amor sobre un mundo perdido y moribundo. ¡Nuestro enfoque real está en las cosas espirituales! Buscamos Sus tesoros celestiales, no como algunos lo enseñan (para su propia condenación), buscar bendiciones terrenales para gastar en nuestra lascivia. No somos de valor alguno para el sistema de este mundo y los edificadores de su

reino. En lo que concierne a ellos, somos hombres muertos y de ninguna utilidad terrenal para ellos. Pero estamos en buena compañía, porque fue el Padre quien escogió que Cristo fuera la principal piedra del ángulo, el mismo Jesús que los edificadores rechazaron. Cuando Jesús aparezca, aparecemos con Él en *SU* gloria porque *estamos* en Él. Si estamos aquí abajo mirando hacia arriba a la espera de Su segunda venida, es demasiado tarde. Hemos perdido el tren. Nuestras vidas no han estado escondidas en Él sino en las cosas y reinos de este mundo.

Pablo habló de esta *otra mundanidad* a la iglesia de Corinto,

“Porque si estamos locos, es para Dios; y si somos cuerdos, es para vosotros. Porque el amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron; y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos. De manera que nosotros de aquí en adelante a nadie conocemos según la carne; y aun si a Cristo conocimos según la carne, ya no lo conocemos así. De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas. Y todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo, y nos dio el ministerio de la reconciliación; que Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación. Así que, somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogase por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios. Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él.” (2ª Corintios 5:13-21)

Cuando un país establece relaciones diplomáticas con otro país, envían un embajador y se abre una embajada en el territorio de ese país. El edificio y su terreno puede estar en un país extranjero, pero en cuanto a lo que se refiere a su soberanía, ese trozo de tierra pertenece al país representado dentro de sus límites. Lo mismo es cierto del embajador. No es suyo propio. Esta ahí para representar al país que le envió. No está ahí para construir su propio reino o hacerse de un buen aspecto ante los dignatarios de la nación extranjera, sino para hacer que sea su país el que ofrezca un gran aspecto y para cumplir los deseos del mismo.

Es una grave ofensa atacar la nación de otra nación. Somos responsables de mantenerla a salvo de violencia de masas y de nunca irrumpir en ella con nuestros propios ejércitos o policía. Si eso sucede, es equivalente a un acto de guerra y todas las relaciones diplomáticas se rompen entre ambas naciones. Lo mismo es cierto de un embajador. Si comienza a hacer declaraciones que representan a *sus* sentimientos o deseos, y no los de su nación, es destituido y se envía otro. Ahora bien, con todo eso en mente, echemos otro vistazo al pasaje de arriba.

¡Como miembros del reino de Dios tenemos que estar a “nuestro propio lado!” Como embajadores del cielo hemos de representar a Dios, y no a nuestros propios deseos. Debemos tener una mente cuerda, la mente de Cristo, para que los habitantes de esta tierra extraña llamada tierra puedan ver el Reino de Dios en nosotros, y más importante aún, ver quién es Dios realmente. ¿Qué clase de vidas hemos de vivir? Vidas que demuestran a Cristo porque Él es el Hijo de Dios, nuestro patrón. Solo podemos conseguirlo en la medida en que estemos muertos en Cristo a nuestra vieja vida y deseos de la carne, y vivos en Él.

¿Cómo nos relacionamos los que somos de Su reino unos con otros? ¿Adoramos y nos levantamos entre nosotros en posiciones de autoridad y poder, los profundos, los educados, los hermosos y los poderosos? No, no si es que tenemos una mentalidad celestial. Ya no conocemos a ningún hombre según la carne. Incluso en esto no hemos de mirar a las cosas externas de los hombres, sino que hemos de ser como Cristo y mirar al corazón. Como Pablo escribiría más tarde, “no miramos a las cosas que se ven sino a las que no se ven. Porque las cosas que se ven son temporales, pero las cosas que no se ven son eternas.” ¿Cómo podemos presentar a Cristo adecuadamente y reconciliar a todos los hombres con Dios y a la par, mostrar tal favoritismo? Nuestra mirada, nuestros pensamientos y nuestro amor deben ser por esas cosas que son eternas y nuestra tierra debe ser el reino de Dios.

Mas nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo; el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas. (Filipenses 3:20-21).

¿Cuánto más debe ser esto cierto de nosotros que somos llamados a ser sus embajadores? Somete a todo en nosotros, oh Señor, y confórmanos a la imagen perfecta y semejanza de Tu glorioso Hijo, “porque en ÉL vivimos y nos movemos y somos... porque también somos Su (de Dios) descendencia.